

La Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 1.º DE MAYO DE 1916 →

Núm. 1.792

LA INTERVENCION DE LOS ESTADOS UNIDOS EN MEXICO

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Torre de observación utilizada por el ejército expedicionario norteamericano. (De fotografía de Underwood y Underwood.)

Este tipo de torre de observación, que presta grandes servicios, es desmontable y se transporta fácilmente encerrada en un cajón. Se monta en pocos minutos, y desde lo alto de la misma el observador puede explorar una gran extensión de terreno con muy poco peligro, pues se halla protegido contra las balas enemigas por una plancha blindada

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar

EL CIERVO y MANOC
EL LEÓN de J. Samsó
EL PERIQUITO

de C. Massó
Clases superiores y especiales para el Pinguino (Filipinas)

NAIPES COMAS

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

Teléfono 1708
Dirección telegráfica: SAMOCA

FINOS
DE HILO Y UNA HOJA

Fábrica movida por electromotores

ANTIGUA CASA Vda. de A. Comas Casa fundada en 1797
SEBASTIÁN COMAS Y RICART

BARCELONA. - Calle de Lauria, núm. 4

FUMISTERIA CAÑAMERAS

Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR.
PRENSAS, BANCOS, MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: DIPUTACIÓN, 421 y 423 (Entre Sicilia y Cerdeña). - Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 3380
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID. Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

LA SAGRADA BIBLIA

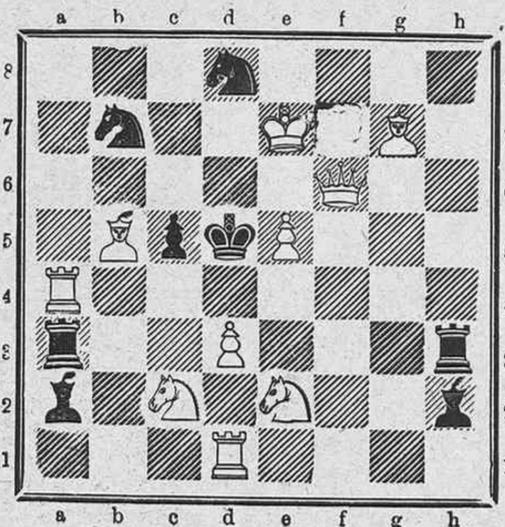
Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. - Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por Gustavo Doré, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el Rdo. P. D. Ramón Boldú, con licencia de la autoridad eclesiástica. - Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. - BARCELONA

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 676, POR B. M. BERD

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 32. LEMA: «HELENE»

- 1. Ce6-d4, f6xg5 2. Dc8-g8, etc.
- Cg1-h3 2. Dc8-c6 jaq., etc.
- Re4xd3 2. Cd4-f3 jaq., etc.
- e7-e5 2. Cd3-b4, etc.
- Otra jugada 2. Ad1-c2, etc.

FALLO

Por algunas diferencias de apreciación que surgieron entre el juez del concurso, Sr. D. Valentín Marín, y el consultor, Herr Johann Berger, de Graz, éste fué encargado de dar el fallo, el cual se publicó en *Deutsche Schachzeitung*, número de Agosto de 1915. Helo aquí:

PROBLEMAS

- I premio. A. Miskolczy y J. G. Duuka, de Budapest. N.º 32. «Helene.»
- II » E. Palkoska, de Praga. » 2. «Il ferro.»
- III » J. Paluzie, de Barcelona. » 7. «Tricephalus.»
- IV » K. Grabowski, de Varsovia. » 19. «Luna.»
- I mención. J. Paluzie, de Barcelona. » 6. «Epruverai-je.»
- II » A. Gómez, de Madrid. » 21. «Romulus.»
- III » J. Jespersen, de Dinamarca. » 3. «Abracadabra.»
- IV » J. Jespersen, de id. » 4. «Interdum.»
- V » M. Feigl, de Viena. » 31. «Mehr Licht.»



Del jardín de las Hespérides
quise saber la ventura.
No hallé manzanas de oro,
hallé sólo... **PECA-CURA.**

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

REGENERADOR DE LA VIDA

El Abate **SEBIFE** ha encontrado en las **PLANTAS DEL MAR** el medio infalible de recuperar la salud **SIN MEDICAMENTOS.**

EL REGENERADOR DE LA VIDA

provoca verdaderas resurrecciones orgánicas;
es **20 veces más nutritivo** que la carne

Engrosa de 3 a 5 kilos por mes a los **ENFLAQUECIDOS.**

Comunicación a las Academias de Medicina y de Ciencias de París

Tuberculosos, anémicos, convalecientes, neurasténicos, enfermos del estómago e intestinos, diabéticos y albuminúricos, pedid el FOLLETO explicativo GRATIS al

DEPÓSITO GENERAL: DIPUTACIÓN, 26F. - BARCELONA

De venta: - En las principales Farmacias, Droguerías y Centros de Específicos de España

Bote grande, 500 gmos. 5 ptas. Bote pequeño, 250 gmos. 2'75 ptas.



Elaborado en los **LABORATORIOS MARINOS de ENGHEN-LES-BAINS (FRANCIA)**

La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXXV

BARCELONA 1.º DE MAYO DE 1916

Núm. 1.792



RETRATO DE LA SEÑORA DE HEUSCH, pintado por Segismundo de Nagy

(De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La ruta romántica*, por Amichatis. — *La guerra europea*. — Madrid. *Notas de actualidad*. — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — *Expedición de Ernesto Shackleton al Polo Sur*. — *Melilla. Premio a un héroe*. — *Match de boxeo entre Jack Johnson y Arturo Cravan*.

Grabados. — *Retrato de la señora de Heusch*, pintado por Segismundo de Nagy. — Dibujo de Tamburini, que ilustra *La ruta romántica*. — *Un hidalgo de Alentejo; Tipos portugueses*, cuadros de Adelardo Covarsi. — *Monumento a Cervantes*. — *La guerra europea*. — *Partida interrumpida*, cuadro de S. Sánchez Barbudo. — *La gitana del abanico; La muñeca*, cuadros de Juan Cardona. — *Cuadro de Santiago Martínez*. — *Notas gráficas de actualidad de Madrid, Melilla y Barcelona*. — *Expedición de Ernesto Shackleton al Polo Sur*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los mayores pecados es el de la pereza de organizar. Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena. Todo se hace a última hora, con prisa y precipitadamente. Y, por lo tanto, la mitad de las cosas se quedan sin hacer, o se hacen de un modo pésimo.

Yo quisiera, ante todo, declarar que soy una persona de buena educación, y de condiciones excelentes. Me causa un pesar íntimo no poder proceder según los dictados de esta educación, y de estas intenciones, no desatendiendo ni desoyendo a nadie, y, a poder ser, complaciendo a cada quisque, hasta el límite de mis fuerzas. Pero ya se entiende que límite han de tener, y que a lo imposible nadie está obligado. Por lo tanto, y muy a mi pesar, las apariencias me graduarán de descortés, y de mí se dirán pestes.

En efecto, no teniendo el día más que veinticuatro horas, no hay arbitrio para que se conviertan en cuarenta. De esas veinticuatro, reclama algunas el sueño, algunas el aseo, algunas el sustento necesario, algunas el trabajo literario, algunas el despacho de asuntos personalísimos e inaplazables, algunas el tomar un poco de reposo o de esparcimiento, y no pocas la lectura y estudio, porque si no se estudiase ni se leyese, se quedaría uno fosilizado. Descuéntese del día este programa, y a ver si queda tiempo, además, para gestionar incumbencias ajenas, de señores que nos encargan con franqueza y sencillez adorables, y para cumplir el gusto y deseo momentáneos de otros señores, que, por contera, señalan un plazo perentorio y angustioso, en atención a circunstancias apremiantísimas, etcétera...

El desmigajamiento del tiempo de un escritor se realiza por procedimientos análogos al que emplean las hormigas royendo y recortando las hojas de un arbusto. ¡Es tan poco lo que roe cada hormiguita! Nada; ni se ve. Pero como son cien, mil, un centenar de miles de hormigas, el arbusto se queda pelado en menos que canta un pollo. Dos renglones que os piden por la mañana; una cuartillita o dos que solicitan por la tarde; una larga carta-consulta que sería preciso contestar; una cruz que habéis de pedir para un individuo; una historia que os cuentan para implorar socorro; una idea que se empeñan en que hagáis vuestra y propaléis; un agravio del cual os habéis de erigir en vengadores; un drama en cinco actos que tenéis que leer, y dar «vuestro fallo»; un pleito que habéis de recomendar; todo ello con la mayor velocidad y rapidez...

Un poeta amigo mío, no tan célebre como Zorrilla, pero lo bastante para que no le dejasen en paz, aseguraba que, si una carta traía en el sobre «argente» había que echarla al cesto, y si señalaba plazo, había que dejarla sin abrir, hasta dentro de dos o tres años, lo más pronto. No carece de fundamento la teoría. Urgente suele ser para el que escribe, no para el que recibe el escrito.

Y esa urgencia agobiadora nace de la falta de orden y prevención. Al menos, lo entiendo así. Quizás yo misma incurra en ese yerro, tan español, de hacer las cosas a última hora. Sin poderlo evitar, el modo de ser social nos arrastra; todos pisamos la misma senda.

Y claro es que luchar con la lentitud general, acarrea el retraso propio. A la inercia no se resiste. Creeréis que esa prisa que os dan es reflejo de una actividad sobreexcitada. No es sino lo contrario: expresión de un descuido que sólo a última hora se convierte en celo. Os señalan una fecha inaplazable, el tantos del mes, sencillamente porque han dejado correr días, y ahora se acuerdan, al oír tronar, de Santa Bárbara.

Habéis de ser activísimos vosotros, porque fueron desiduosos los que os piden el favor. Habéis de acazar, porque otros durmieron la siesta. Habéis de jactarse, porque ellos se entregaron al farniente. Y habéis de cambiar el curso de vuestra labor y la direc-

ción de vuestro pensamiento, porque H o B, el primero que salta, lo han decidido así... En compensación de vuestra molestia, no esperéis ni que os den las gracias.

Hay la idea de que un escritor pertenece al público. Cuanto le sugieran está obligado a practicarlo. Además, ha de recibir a todo el que llame a su puerta. Recuerdo que en cierta ocasión, una señora, que no conozco ni de vista, vino a mi casa, empeñada en verme al instante. Mi doncella salió a abrir, y dijo respetuosamente a la visitante que yo no disponía de horas. Y la dama, indignada, exclamó:

— ¿De modo que su señora de usted es escritora, y no recibe?

Y la sirvienta, que no era tartamuda, contestó con viveza:

— Pues si recibiese a todo el que viene, ¿a qué hora escribiría?

Un año tuve la curiosidad de apuntar el número de personas que solicitaron una entrevista. En seis meses de residencia en Madrid, fueron cuatrocientas noventa y ocho. Suponiendo que consagrarse a cada una sólo una hora, y a evacuar el asunto objeto de su visita otra, que es cuenta muy galana, dejo a la consideración del lector lo que me suponía este tramo.

Claro es que no estoy obligada a condescender a tales propósitos. Libre soy de recogerme y cerrar mi cancilla. No por eso deja de ser agradable. Parece más humano y cordial no negarse a cosa que soliciten. Hay que apelar a la razón. Y me resigno a pasar por soberbia, arisca y dura, bien convencida de que no lo soy, sino muy afable, aunque no reciba, por falta de tiempo. Si al lado de estas pequeñas pero continuas contrariedades el público, en general, mostrase al escritor verdadero cariño... No hablo por mí: no me quejo de desvío en mis lectores. Lo que lamento es que tantos y tantos sólo vean en el escritor «una influencia», un señor utilizable, para un fin de aspectos de la vida práctica. Verbigracia, las recomendaciones. Ya creo haber hablado aquí alguna vez de esta plaga. Ved algo curioso: los que recomiendan sin decir a quién debéis dirigiros; sin especificar el nombre de aquéllos que han de servir para lograr el objeto ansiado. Así, tampoco tienen que preocuparse de si con semejantes personas lleváis la menor relación de amistad. Allá vosotros haréis la indagatoria y os informaréis de los Fulanos y Menganos que debéis poner en juego. ¡Bah! No pongáis en juego a nadie. Si el que pretende utilizaros no es un amigo verdadero, un pariente cercano, alguien que por algún concepto os interese de verdad, tened el valor de hacer trizas la carta. Acordaos del poético «*Je dichire...*» del *Aiglon*, recibiendo epístolas amatorias...

Alguna defensa habéis de practicar contra tantas exigencias sin base. En algo se han de diferenciar los que pueden por algún estilo importaros, del que os tiene sin cuidado, como vosotros a él.

Otra cosa que no carece de gracia son los títulos que invocan algunos a que los atendáis. Uno alega que es gallego... Galicia tiene cuatro millones de habitantes, *plus minusve*. El de más allá, que os vió entrar un día en una tienda, y oyó que pedíais media vara de raso negro. Aquel fué mozo de recados en una fonda donde parasteis un día. ¡Y varias señoras me han escrito que habían andado conmigo en la escuela, a la cual no fui jamás!

Debieran adjudicarsele, a cada hombre que nace teniendo lo suficiente para vivir, un número de necesitados protegidos. No lo digo en broma: sería racional esta adopción, que, naturalmente, guardaría relación con la fortuna del adoptante. Y, después de tomarse interés por sus adoptados, nadie le podría tachar de poco humano si no se preocupase del resto de la humanidad. Y de hecho, estos adoptados los tenemos, por lo general, en cantidad suficiente.

Bion sé yo que hubo santos, y que hay individuos de alma muy caritativa, que extienden el círculo de sus beneficios hasta lo extremo de sus medios, y aun más allá. Hay quien hace milagros, quien consagra la vida entera al altruismo; pero nótese: es la vida entera lo que se necesita dedicar a las buenas obras, a fin de que den fruto. Si existen otras ocupaciones, otras vocaciones, ya no hay manera de hacerle competencia a San Vicente de Paul.

Esta es mi situación. Mis aficiones, júzguelas cada cual como le plazca, me absorben, y, al lado de ellas, tengo quehaceres que no puedo abandonar. Ya comprendo que los que a mí se dirigen, suponen que reviste mayor interés lo que les interesa a ellos. Todo es natural, lo mío y lo de los otros.

Prescindiendo de mí misma, debo añadir que me inspiran lástima los que ocupan elevados puestos, los que realmente disponen de cierta cantidad de

bienes y favores que repartir. Si yo me hallo tan asediada, no siendo personaje político ni cosa que se le parezca, ¿qué sucederá con los ministros, subsecretarios y directores? Así tienen que adoptar medidas defensivas, precauciones de enemigo que avanza por país invadido, donde tras de cada mata le acechan. El teléfono de estos altos funcionarios es un misterio. A veces se pregunta uno para qué lo habrán instalado. En el mismo instante en que llamáis a casa de alguno, la primera providencia es decirnos que acaba de salir. Lo mismo da esta hora que aquella; acaba de salir a todas, justamente. En cuanto a si regresará, os afirman que en todo el día no regresa; o, por lo menos, no se sabe nada de cuándo se reintegrará a sus lares. Dos minutos después, dais vuestro nombre, os piden que esperéis, y sale de su despacho para oiros el señor, que no se había movido de su residencia. La repentina facilidad obedece a que vuestro nombre es una garantía de que no habrá acoso.

Un millar de pretendientes a algo está siempre en espera de la aparición del personaje. Los medios de aproximarse a él son objeto del más detenido estudio. El pretendiente se aposta al paso del árbitro de su suerte, y se desliza y rept a hasta aproximarse, hasta enviarle la sugestión y el flúido de su anhelo, para que, aun cuando sólo sea por «quitárselo de encima», acabe por acceder a su pretensión. No hay medio a que no se apele, no hay influjo que no se busque, no hay recurso que se desdeñe, aun el más pueril. He visto acudir a la influencia ¿de quién dirán ustedes? de un mendigo, sí señor; del ciego favorito de un personaje al cual da limosna siempre que sale de su casa a pie... Y por conducto de este ciego se ha solicitado y obtenido «una colocación!»

El barbero, la lavandera, el mecánico, el ayuda de cámara, el mozo del café, son influencias, y no flojas. De esto sabía mucho el malogrado Luis Taboada, el cual sacó partido, en sus regocijadas prosas, de tantas prosas aburridas de la vida oficinesca, burocrática y política...

No sería fácil modificar, en un día, ni acaso en un siglo, este estado de cosas, que refluye en todos y cada uno de nosotros. Vivimos asediados, pero acaso sea porque el asedio da fruto, porque ese sendero conduce a alguna parte. Muchos amenes llegan al cielo. Y aquí, el aire que respiramos está lleno de amenes.

No protesto contra este modo de ser, sino porque roba infecundamente el tesoro del tiempo y de la tranquilidad de espíritu. La sugestión incesante de que pudierais hacer algo en pro de alguien y no lo hacéis os envuelve en inquietudes de responsabilidad. ¿Y si intentase?... ¿Y si, dando de mano a lo demás, me consagrare a esto, con todas mis fuerzas? A veces, bajo tal estímulo, os consagrais; sacrificáis un día, una semana, que no han de volver; arrinconáis vuestros manuscritos, no recogéis vuestras notas... No escribís a un apoderado que os pide instrucciones, ni respondéis a una proposición ventajosa, ni vais al teatro, ni tomáis el sol: ponéis vuestra actividad entera al servicio de tan buena causa... Y nada conseguís, porque el terreno estaba minado, las salidas guardadas, la posición defendida por artillería gruesa. Os convencéis, una vez más, de que, en el fondo, es baldía la influencia ejercida por tercera persona en beneficio de segunda. ¿Tercera he dicho? Mil veces ocurre que os piden por alguien que ha pedido a su vez por otro; y, con tantos canales, no llega al verdadero cauce ni gota...

Aun sucede con las recomendaciones algo más singular. Es frecuente que os recomienden, a fin de que recomendéis, para situaciones que exigen garantías, a gentes que no conocéis, de las cuales nada sabéis. Y no es esto lo mejor, sino que el que os dirige la recomendación también es para vosotros un incógnito, y empieza por confesarlo (y gracias que no con la socorrida fórmula: «Aunque no tiene usted el honor de conocerme...»). Y ese incógnito, que se dirige a vosotros, es el que sale fiador del otro incógnito y os ofrece la fianza de su fantástica personalidad...

Vamos, reconózcase que «esto no es serio», como ahora se dice. Y reconózcase también que, sin menoscabo de la buena crianza, bien podemos echar al clásico cesto la misiva. ¡Hasta otra!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA RUTA ROMÁNTICA, BOCETO DE NOVELA ORIGINAL DE AMICHATIS, dibujo de Tamburini



Llora el galán

Esta es la historia del hombre que, por mucho amar, no se casa nunca. Es el que se sintió héroe de novela, de cuento; que abrigó en su corazón todos los romanticismos, que cantó a todas las hermosuras, que se fingió hijo de la luna, y, como lunático perfecto, a la luna contó sus cuitas en palabras de romance; que pasó noches ante las rejas todas de la ciudad, tuvo bellas lisonjas para todos los labios, e hizo latir con sus palabras a muchos corazones.

Esta es la historia paradójica del hombre que, por mucho amar, no se casó nunca.

...En el reloj coquetón las pequeñas agujas mar-

can las nueve. Va y viene la doncella disponiendo manjares sobre el blanco mantel. El abuelo limpia y vuelve a limpiar los cristales de sus gafas. Ante el abuelo, nerviosa, movediza, lee y relee una ilustración la nietecilla. La nietecilla es Matilde.

- No viene, no viene, repite la mocita.

Y frunce el ceño, y vuelve a mirar al reloj. El abuelo, benévolo, pretendiendo calmar la futura controversia de los dos novios, insinúa:

- Es temprano... Su trabajo le retuvo...

Y la doncella va y viene y sirve manjares. La cena empieza.

Cada paso que suena en la escalera es sobresalto

para la niña, todo es aguzar el oído buscando el conocido pisar.

- Las nueve y cinco... ¡cinco minutos ya!, vuelve a decir.

Y los minutos son horas, y la impaciencia inflama su fantasía loca de niña, y forja aventuras, y malandanzas, y traiciones.

Suena el timbre de la puerta.

- ¡Es él!

Y, es él. El deseado, el elegido, el que supo hacer latir el corazón de la muchacha, el que abrió con llave de oro el secreto del corazón donde estaba la lámpara sagrada del cariño. Es él, que entra.

El, se llama Pepe, lleva en la mano un ramo de flores. Habla con el abuelo, siempre sonriente. Tiene las flores a la niña.

- Toma... Hoy me pagaron una crónica, pensé en ti...

Y, Matilde, coge las flores, las deja en el búcaro del rincón, no dice una palabra de gracias, calla con rencor, hurañamente, guardando un silencio agresivo, amenazando con la tormenta de una ruptura.

Y, Pepe, el galán, quiere justificarse, va diciendo: - ... Comprenderás, deberes de mi vida de periodista..., un artículo de última hora..., tuve que esperar al director...

Pero la nena Matilde sigue callada, casi sin probar bocado, sin querer derramar una mirada sobre el amador. Y el amador se inquieta, busca la causa

del silencio, pregunta; se acerca a la muñeca, habla bajo, bajito, con esa entonación en que se confiesan las intimidades, y se reciben los reconfortantes consuelos de las palabras dichas más con el corazón que con los labios.

Matilde, repentinamente, sin preparar el efecto de sus palabras, dice:

— ¿Sabes?... Felicia se ha casado.

Pepe calla, suelta su cigarrillo, palidece, tiemblan ligeramente sus manos, siente que corre violentamente el latir de su corazón.

«Felicia, casada», piensa. Y Felicia fué la adorada, la soñada, la que iluminó su adolescencia con la dorada ilusión de los sueños. «Felicia, casada.» Y su pensamiento se embota, y no dice nada ni piensa nada. Sólo calla, calla.

Matilde, la muñeca, le mira fijamente, silenciosamente. Quiere saber lo que pasa en el corazón del amador. Y brotan lágrimas de sus ojos purísimos.

El galán no sabe qué hacer. Es ella, la muñeca Matilde, la alegría de ahora, el mensajero de la muerte de una ilusión de ayer. La muñeca lo sabe todo, todo... Los labios virginales de la muñeca han pronunciado el nombre de la otra. Lo sabe todo, todo...

Y Pepe se aparta de su Matilde. Y saluda al abuelo que queda absorto, y da la mano a la muñeca.

— Adiós, dice.

Y se va, suena la puerta, se oyen sus pasos en la escalera, se va...

Y Matilde, nerviosa, pisotea las flores. Las agujas del pequeño reloj marcan las nueve y media y, en los pocos minutos, el tiempo ha desflorado una ilusión.

Matilde, nerviosa, chiquilla y locuela, fué al piano. Y aporreó las teclas buscando notas alegres, algo que aturdiere su corazón. No quería pensar en el que se marchaba; pero de rato en rato se acercaba al balcón y levantaba las mirillas buscando al galán.

El galán estaba lejos, allá en su casita de la montaña, donde tiene un jardín, y flores, y un pequeño estanque. Casa de parientes donde le reservan un cuarto en las alturas para que tenga siempre seguro un acobijo. Allá está el galán, sentado ante su mesa, con un retrato de la muñeca en sus manos. Lloro el galán. Piensa en consuelos de amigos, en soluciones prácticas a su vida de soñador, en el refugio tan buscado donde habían de ampararle unos brazos de mujer y un hogar limpio, alegre y risueño; piensa en el fracaso y llora. Buscando consuelo, escribe. En el blanco papel desliza un título: «La ruta romántica». Después, entre suspiros, entre sollozos, va poniendo todo su corazón.

«Esta es una carta para todas — escribe — a todas las que tanto he amado van estas palabras. Es una confesión, mi canto, mi historia; una historia de dolor, de ensueño y de romanticismo. Estas palabras, que no leeréis, son la historia de este hombre que odiáis porque os hizo amar, porque supo encender la inquietud en vuestro corazón; son las andanzas de este hombre al que creéis perverso, engañador, y no es más que un desgraciado que quiso escribir en verso los lances de su vida.

«¿No veis a esos poetas que sin amar a nadie son magníficos galeotos? ¿Que sus versos os hacen querer a cuanto miráis, que los repetís en vuestras horas de ensueño, que los escribís al amado? Pues ésa es mi vida. Yo no escribí versos, pero fué mi sentir bello como una estrofa de amor. Fuí amando, amando, sin el temor a la guadaña de la realidad. Ruta romántica fué la mía. No mentí jamás. Si mis labios juraron pasiones respondieron a mi corazón...

«Yo no he sido un don Juan. En mi pecho nunca ha prendido la planta del engaño. Fué la realidad la que cortó las flores de la ilusión. Hoy, que ya la plata aparece en mis sienes, quiero cerrar esta mi ruta romántica y vivir con el tesoro de los recuerdos.

»Pienso en Pilar.

»Pilar fué mi novia primera. La novia de los dieciocho años. La que acompañaba al colegio, la que me dió un rizo de su cabello negro, la del amor platónico en la vida quieta de la provinciana ciudad. Mucho amé a Pilar, mucho. Mucho lloré cuando marchó a Madrid; su padre, empleado del Gobier-

esto para pan, esto para telas... Pero el presupuesto pasaba de lo por mi ganado... Y un día encontró al galán que tal presupuesto le convenía... Y otra vez las noches de fiebre, y los rencores, y el fracaso, y el olvido, y el dolor...

»Pienso en Matilde.

»Esta es la muñeca a la que he roto su corazón. Esta es la felicidad que de mí aparto. Seré por ella maldecido, seré por ella despreciado; pero terminé la misión de mi ruta romántica. ¿A qué esperar que venga el caballero con fortuna para que compre su corazón? ¿A qué pasar las noches en vela soñando en el refugio, en el nido blanco, en el ángel que ha de venir? ¿Fortuna, ángel, nido, no se compran con sueños! ¡Adiós!»

Y nada más ha sabido Matilde del amador. Lágrimas los días primeros, después el odio pudo más que el amor. Y ante ella apareció un galán que en los ramos de flores ponía una joya. Este no decía:

— Tendremos una salita blanca, y un balcón con flores, y un jardín.

Este aseguraba:

— Tengo una casa, tengo un salón, toma esta piedra de oro para tu pecho.

Y nada más ha sabido Matilde de su amador.

Esta es la historia del amador de Pilar, de Julia, de Felicia, de Matilde. Es una historia paradójica. ¿No conocéis a este amador? A veces lo veis vestido de fraile, y en su hablar triste, resignado, adivináis la historia de dolor. A veces lo veis en el banco de un paseo, los ojos fijos en lo alto, escribiendo nombres en la arena con su bastón, acariciando a los niños que le recuerdan al ángel que no le concedió su fortuna. A veces lo veis en un libro, en una novela, en unas páginas donde se vierten los dolores todos de la nostalgia de un corazón. A veces leéis en un periódico la nueva de una muerte, un joven que se mató, y nadie sabe por qué, y es el fracaso de una vida de amor...

Y éste es el cuento del que fué por la ruta del amor. En los corazones de todas las mujeres hay un romántico que mucho amó, que se fué, que se perdió en la sombra, que no tenía fortuna... Y ese galán tan odiado, con fama de perverso, merece de las mujeres, de todas las mujeres que vieron angelillos de seda, y de carne, y de ensueño coronando sus amores, un poco de compasión.

EL MONUMENTO A CERVANTES

En el primer concurso de bocetos para el monumento a Cervantes, fueron premiados, según oportunamente dijimos, los de los señores Anasagasti e Inurria, Martínez Zapatero y Coullaut Valera, y Hernández Briz y Ferrant. Ejecutados por los respectivos autores los bocetos definitivos, han sido éstos expuestos recientemente en Madrid y el Jurado ha emitido su fallo, eligiendo el de los Sres. Martí-

nez Zapatero y Coullaut Valera. En el número 1.764 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos una vista de conjunto del monumento ahora premiado; en la siguiente página reproducimos las partes anterior y posterior del mismo y algunos de los detalles que en él han de figurar, unas y otros tomados del boceto definitivo.

Como en el número 1.765 de esta revista describimos este proyecto, omitimos ahora una nueva descripción y nos limitaremos a reproducir el último párrafo de la memoria con que los autores acompañaron el boceto y que se refiere al estilo adoptado para el monumento. Dice así:

«No cabe vacilar para su elección: si el estilo en arte ha de ir íntimamente ligado a la índole o representación de la obra y ha de contribuir a enaltecer la memoria de quien se trata de glorificar y a representar su labor, desarrollada en época del resurgimiento de las artes todas, y la intelectualidad de España con carácter nacional, se impone un estilo genuinamente español, marco apropiado para las representaciones escultóricas de personajes y tipos creados por el inmortal autor. Fijo, pues, nuestro pensamiento en el ambiente artístico de aquella época, en las obras del Renacimiento que nos legaron en el siglo XVI y principios del XVII eximios arquitectos y escultores, y singularmente en las platerescas, concebimos la traza del monumento, tomando por base aquellas insignes concepciones, de una vitalidad no igualada por ninguna otra Escuela y que son fiel reflejo de la robustez de la raza, del medio ambiente y de la educación artística inspirada en los esplendores del gótico florido de nuestras catedrales.»



Un hidalgo de Alentejo, cuadro de Adelardo Covarsi (Salón Esteva y Compañía, Barcelona. — De fotografía de F. Serra.)

no, fué ascendido y truncó un amor. Y nos juramos amor eterno, y se cruzaron cartas pasionales, y llegó la nueva inesperada: «Pilar se casa en Madrid con un hombre rico...» Y vinieron las noches de fiebre, y los rencores, y el olvido.

»Pienso en Julia.

»Julia fué la novia de ciudad. La que con sus coqueteos volvió a abrir la llaga romántica. La que me dijo: «Sé que no tiene usted dinero, que es escritor... para vivir feliz no hace falta capital... basta cariño, cariño.» Pero el tiempo pasaba en galanteos vanos. La literatura no llegó a abrirme las puertas de la casa. Y llegó la carta de Julia: «Mamá no quiere...» Y otra vez las noches de fiebre, y los rencores, y el fracaso, y el olvido.

»Pienso en Felicia.

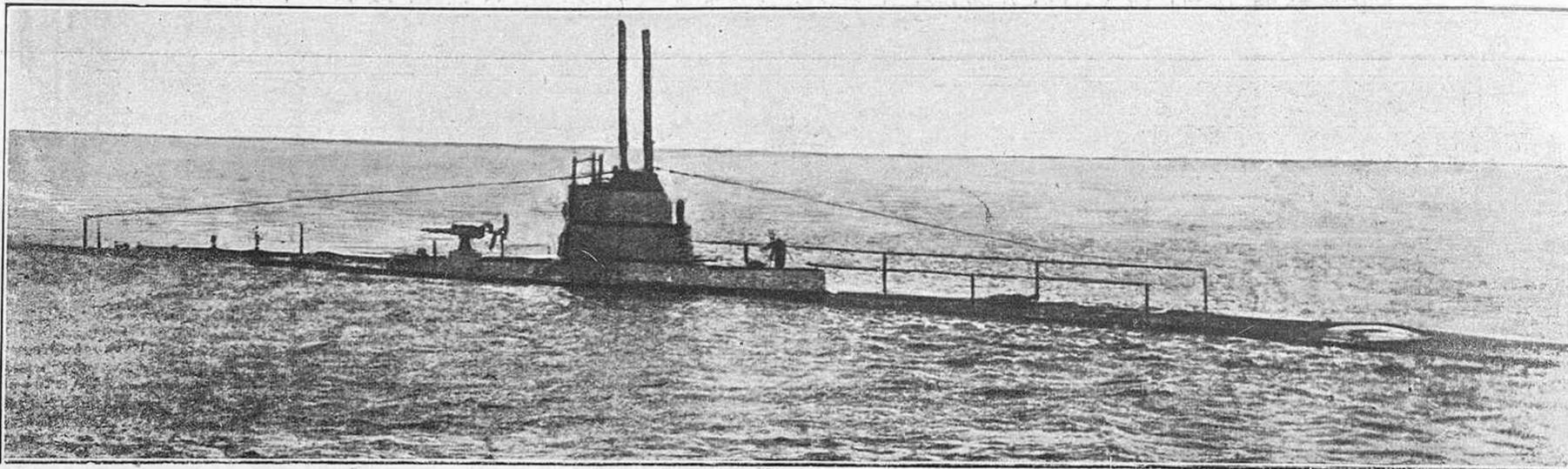
»Felicia era la santa, la casta, la pobre, la buena. Ella era la soñada, la que pondría orden en el ajuar sencillo, la que nunca tocó su cabeza con gasas, la que nunca tuvo sedas para su cuerpo, la que jamás supo lo que el dinero vale. Felicia era la soñada. Hacía presupuestos para la vida futura, está para casa,

MONUMENTO A CERVANTES

PROYECTO DE COULLAUT VALERA (ESCUPTOR) Y MARTÍNEZ ZAPATERO (ARQUITECTO) PREMIADO POR EL JURADO



Parte anterior del monumento: en los cuadros, grupos escultóricos que representan una escena de la comedia *Los baños de Argel* y otra de la novela ejemplar *La gitanilla*
Parte posterior del monumento: en los círculos, la estatua del *Valor militar* vista de frente y de lado



Nuevo tipo de submarino alemán en el que los alemanes tienen puesta gran confianza. (Fot. remitida por C. Trampus.)

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — Los ingleses han rechazado a los alemanes que atacaron en cuatro puntos sus líneas en los alrededores de Iprés, arrojándolos de todas partes excepto en Saint-Eloy, en donde aquéllos se apoderaron de cuatro hoyos de minas; en la carretera de Langemark a Iprés recuperaron una trinchera que en el ataque anterior habían perdido. Además han atacado con éxito las trincheras enemigas al Sudoeste de Thiepval.

Los franceses, en los Eparges han rechazado varios ataques de los alemanes, desalojando a éstos, por medio de contraataques, de las trincheras en donde habían logrado penetrar. En la región de Verdún, han rechazado parcialmente al enemigo que había logrado penetrar en la trinchera de primera línea al Este del saliente de Chauffour; han arrojado a los alemanes de algunos elementos de trinchera que habían ocupado algunos días antes en la zona de Mort-Homme; han rechazado algunos ataques entre esta última posición y el arroyo de Bethincourt; han tomado una trinchera en la orilla Norte del bosque de Caurettes; han progresado al Oeste de Douaumont, en el sector al Sur del bosque de Haudromont; se han apoderado de algunos puestos de escucha en el bosque de Avocourt; han tomado algunos elementos de trinchera y un reducto fortificado al Noroeste del estanque de Vaux; y han rechazado un violento ataque contra un frente de dos kilómetros entre el citado estanque y la granja de Thiaumont.

Los alemanes, en el frente inglés, han rechazado ataques contra sus posiciones de Saint-Eloy; han penetrado en varios puntos de las trincheras enemigas en el sector de Iprés, y han ocupado unos 600 metros de las posiciones inglesas en la carretera de Langemark a Iprés. En este último punto los ingleses lograron recuperar una tercera parte de las trincheras que habían perdido, y los alemanes hubieron de abandonar el resto de esta posición, porque la presencia de abundantes aguas subterráneas hacía imposibles los trabajos de consolidación.

En la región de Verdún, han tomado una cantera al Sur de Haudraumont; han rechazado ataques contra las nuevas líneas situadas al Noroeste de la granja de Thiaumont; han rechazado ataques en el bosque de La Caillette, en donde los franceses lograron, sin embargo, penetrar en una esquina avanzada de las trincheras; han rechazado ataques contra las posiciones de Mort-Homme, no pudiendo, empero, evitar que el enemigo ocupase un pequeño elemento de trinchera en un

rincón del bosque de Caurettes; han ocupado y perdido luego un elemento de trinchera en este bosque; han rechazado varios intentos de los franceses para recuperar la antes citada cantera; han tomado varias trincheras al Sudoeste de Hancourt y al Oeste de Mort-Homme, y han rechazado ataques contra Douaumont y contra las posiciones situadas en el bosque al Noroeste de Avocourt.

Teatro de la guerra de Oriente. — En la región de Dvinsk, los rusos han desalojado a los alemanes de una trinchera que habían tomado al Sur del pueblo de Garbunovka; han rechazado los intentos de los austriacos para acercarse a las trincheras de la región del Strypa; han aniquilado un puesto austriaco cerca de Khrynsk, al Norte de Czartorisk; y han rechazado un ataque al Norte de Kremenetz, ocupando tres hoyos de minas.

Los alemanes han rechazado ataques contra las posiciones al Sur de Garbunovka, en la cabeza de puente de Dunaburg, y al Sur del lago Narotch; y los austrohúngaros han hecho fracasar los intentos de varias secciones enemigas que pretendían afirmarse al Noroeste de Dubno, cerca del frente austrohúngaro.

Italianos y austriacos. — Los italianos han tomado nuevas trincheras en la falda del monte Sperone, prosiguiendo su avance en este sentido; en el valle de Sugana, han rechazado ataques contra las posiciones avanzadas entre la altura de Maggis y Callo, y contra las del torrente de Larganza; en el alto Cordevole, han destruido una línea enemiga en Col di Lana, han rechazado ataques contra la cresta del mismo y han prosiguido su avance en este sector, tomando la cima occidental del monte Agora; han rechazado ataques en la zona de Tonale; han tomado una fuerte línea de trincheras en la zona al Este del valle de Seltz (región del Isonzo), pero han evacuado una pequeña parte de las mismas por estar demasiado expuestas al fuego enemigo; han ocupado el paso del monte Fume, a 3.400 metros de altura, y el de la Sentinella, a 2.717; y para evitar pérdidas inútiles se han retirado unos 500 metros en las posiciones de San Oswald hasta el vecino pueblo de Volto, rechazando ataques contra el frente de éste.

Los austriacos han rechazado ataques cerca de Zagora, en la planicie de Doberdo, en la zona de Col di Lana, en donde los italianos, sin embargo, han logrado penetrar en una posición, y contra la posición al Este de Montfalcone; y en el valle de Sugana han desalojado al enemigo de sus posiciones avanzadas, rechazando los contraataques dirigidos contra las mismas.



Empuñadura de la espada de honor regalada por la juventud francesa al príncipe heredero Alejandro de Serbia, obra de Falize. (De fotografía de M. Rol.)



Llegada al Cairo de prisioneros turcos procedentes de Gallípoli. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



Marsella. Desembarco de tropas rusas. — El general Lohvitzky, jefe de las tropas rusas, conversando con el general Menessier, gobernador militar de Marsella. — Los soldados rusos formados en el muelle después de su desembarco; el primero de la fila es el muchacho Iván Paulowich, de trece años, a quien se considera como la mascota de su regimiento (De fotografías de M. Rol.)

En el Asia Menor. — Los rusos se han apoderado de la ciudad de Trebisonda. Los aliados conceden gran importancia a la toma de esta plaza; en cambio los turcos y por consiguiente los alemanes, le dan muy poca, diciendo los primeros que las tropas evacuaron la ciudad, abandonando en ella seis cañones de 150 milímetros de sistema antiguo, y siguiendo las órdenes recibidas se retiraron a un sector más retrasado, en donde tienen un nuevo papel que desempeñar.

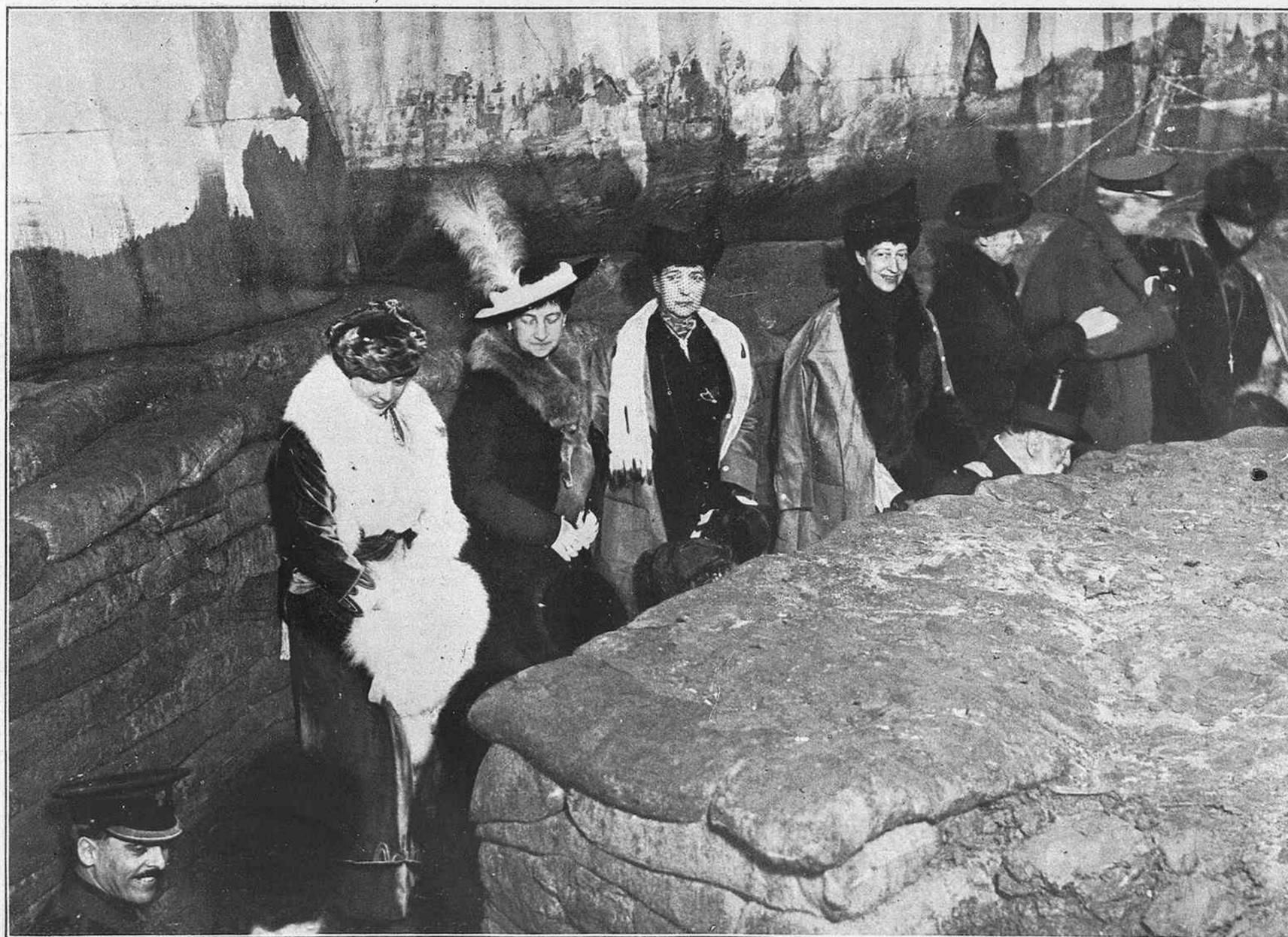
La guerra aérea. — Un avión italiano y tres franceses han bombardeado Trieste. Según el telegrama de Roma, las bombas por ellos lanzadas causaron daños en sitios de importancia

militar cercanos a aquella ciudad; según el parte de Viena, el bombardeo ocasionó nueve muertos de la población civil, entre ellos cinco niños, y cinco heridos, y destruyó el convento de los Salesianos, en donde había 400 niños. En Macedonia, 20 aviones franceses han bombardeado eficazmente los campamentos alemanes de Negotin, Podgoritza y Padegasi, los acuartelamientos de Guevneli, los cobertizos de aviación de Negotin y la estación de Strumitza.

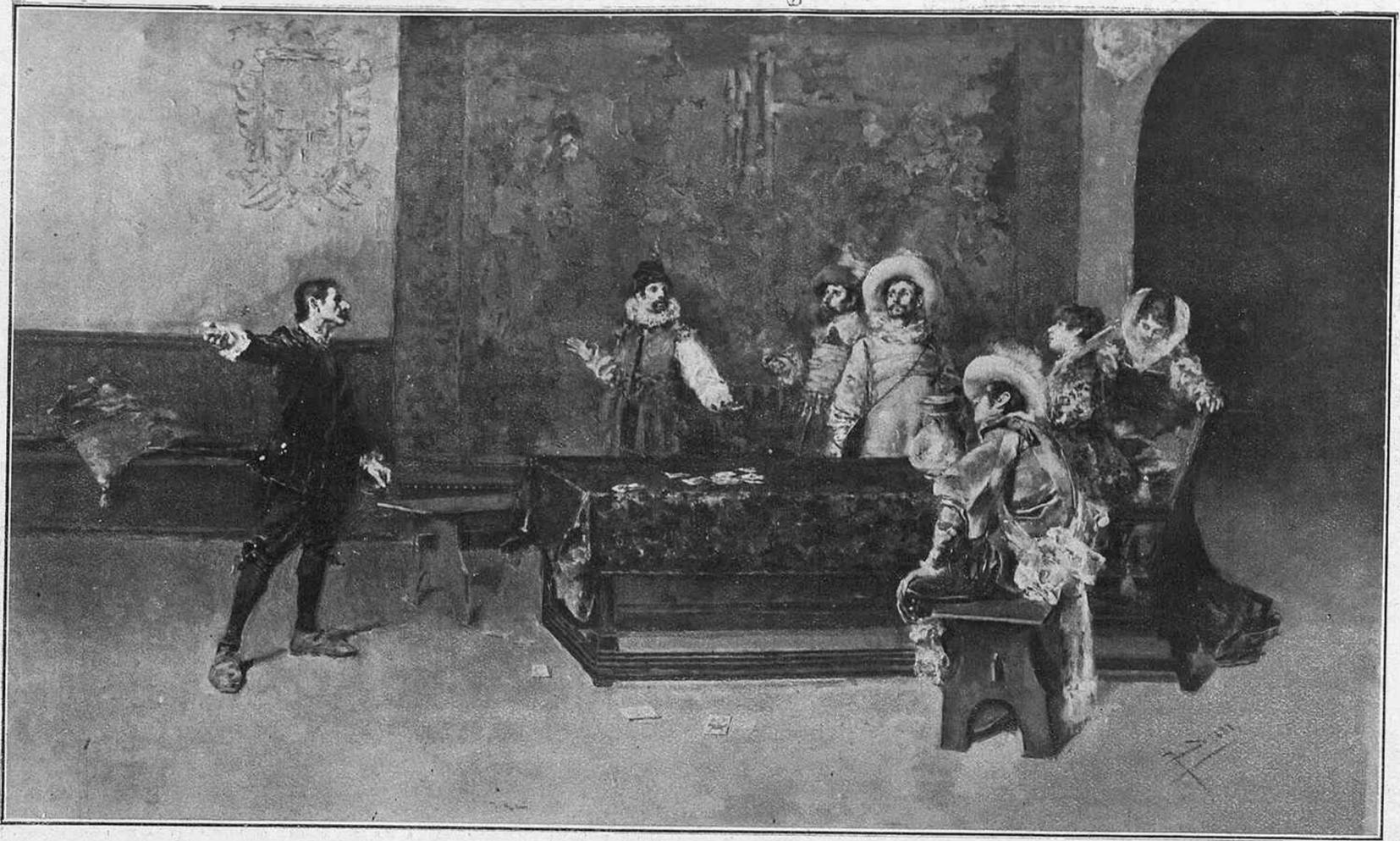
Llegada de tropas rusas a Marsella. — El día 20 de marzo último llegaron a Marsella algunas fuerzas rusas a bordo de los transportes *Latouche Trévillé* e *Himalaya*. Supóngese que

estas tropas, que manda el general Lohvitzky, proceden de los depósitos de Siberia, en donde han sido cuidadosamente escogidas, y embarcaron en Vladivostok, habiendo empleado dos meses en el viaje.

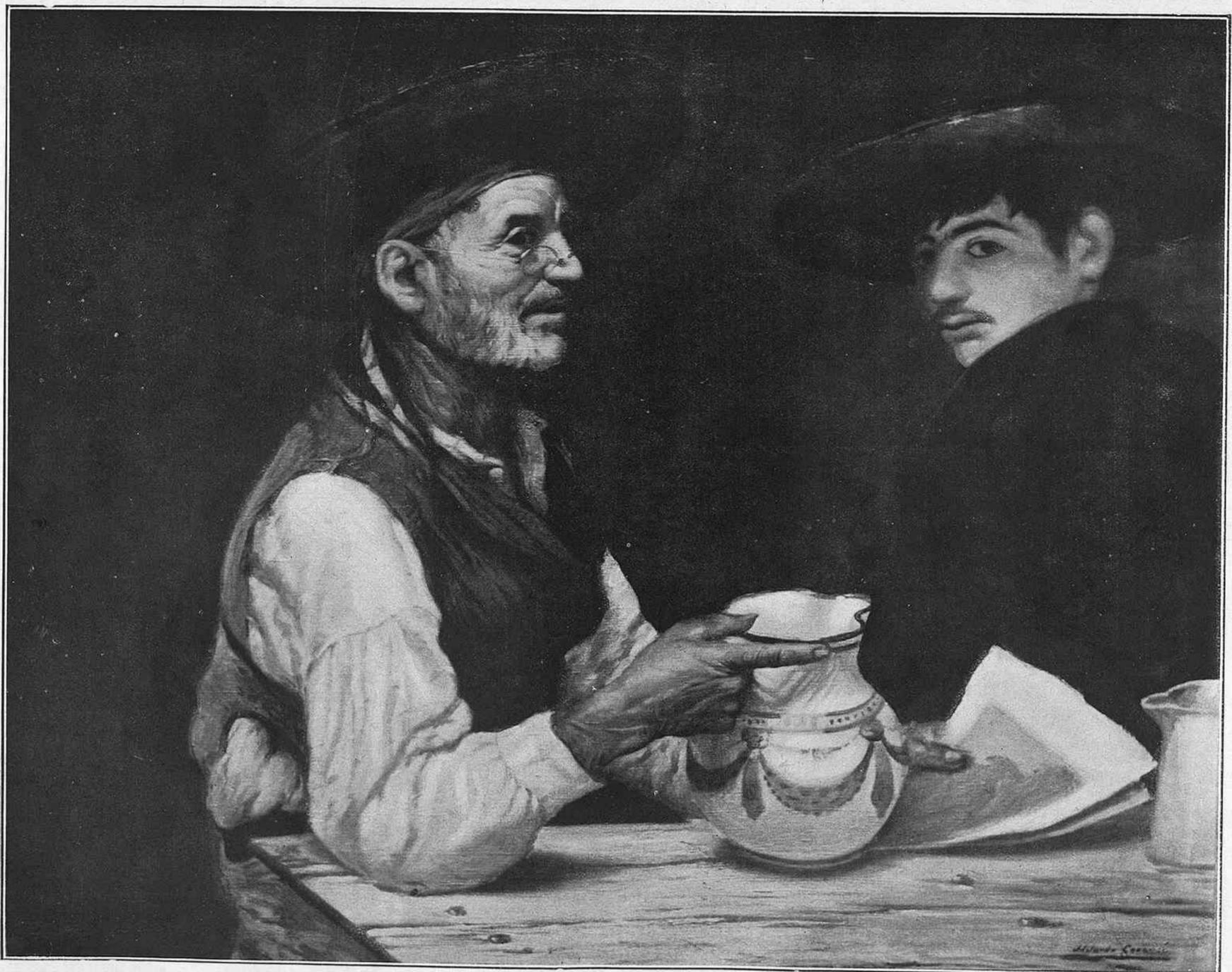
El general Menessier, gobernador militar de Marsella, y el general Guerin, en representación del generalísimo Joffre, recibieron a los expedicionarios, a quienes los marseleses aclamaron con delirante entusiasmo, y que desde el muelle marcharon al campamento de Mirabeau, situado en las afueras de la ciudad, en donde se les había preparado conveniente alojamiento y desde donde partirán para el frente de batalla.



Londres. — La Reina madre Alejandra y la Princesa real Victoria Alejandra visitando las trincheras construídas en la Exposición del Activo Servicio, recientemente inaugurada en el Skating Ring del Príncipe. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



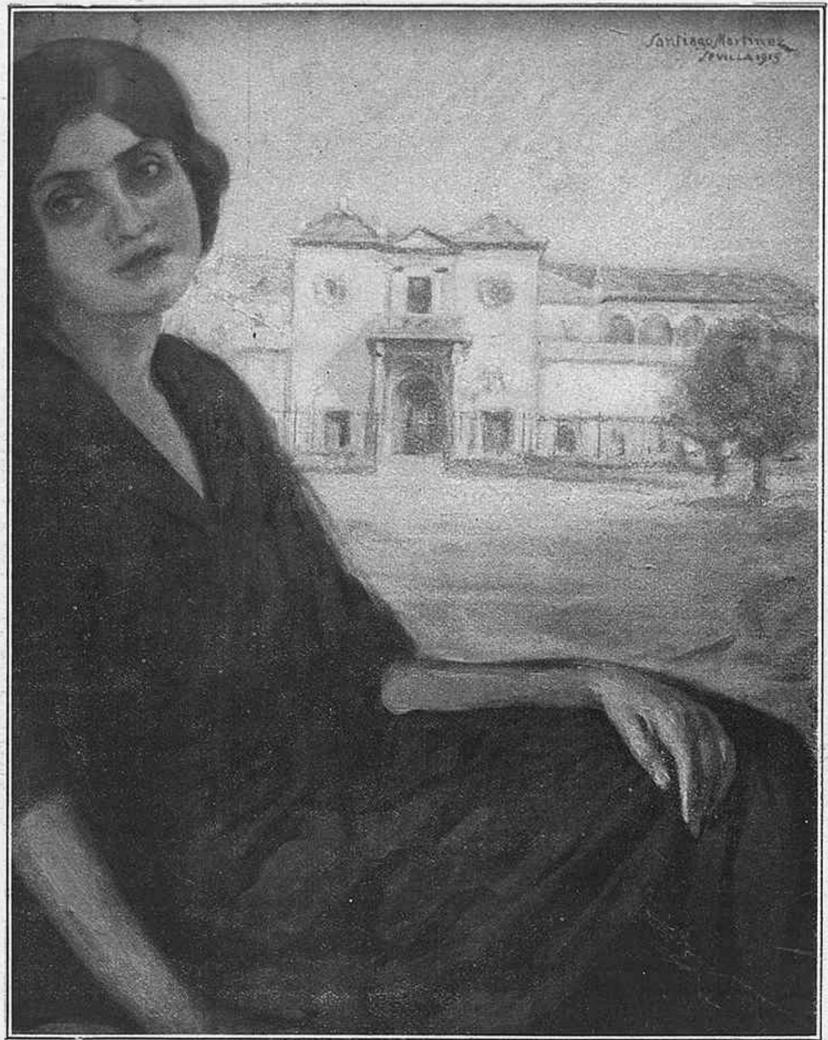
Partida interrumpida, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo perteneciente a la colección de D. Cristóbal Bou y que figuró en la exposición de pintura española organizada por dicho señor en las Galerías Layetanas



Tipos portugueses, cuadro de Adelardo Covarsi. (Salón Esteva y Compañía. - De fotografías de F. Serra.)



La gitana del abanico, cuadro de Juan Cardona. (Salón Parés.)



Ni contigo ni sin ti, contigo, porque me matas
 tienen mis penas remedio; y sin ti, porque me muero.

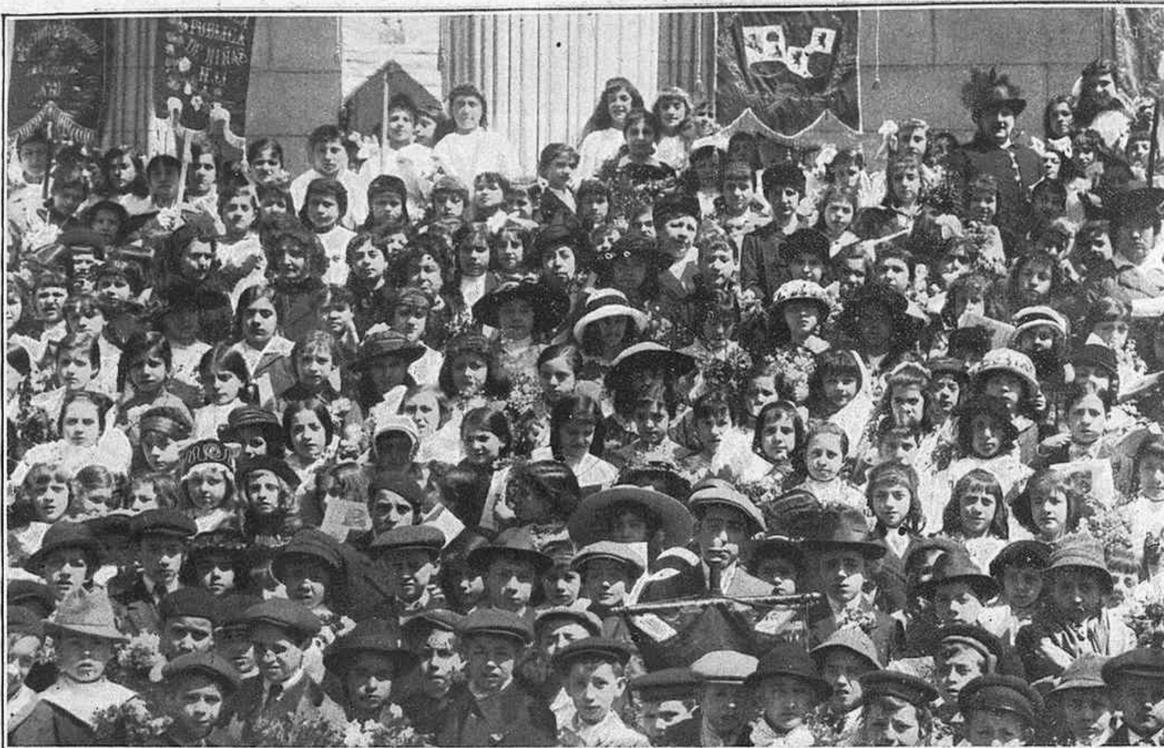
Cuadro de Santiago Martínez. (Salón del Fayans Catalá.)



La muñeca, cuadro de Juan Cardona. (Salón Parés. - De fotografías de F. Serra.)

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



El centenario de Cervantes. - Los exploradores madrileños depositando una corona en el monumento de Cervantes. - Niños y niñas de las escuelas municipales en la escalinata del Congreso cantando el Himno a Cervantes

El centenario de Cervantes. Homenaje de los niños. - El día 23 de abril último, en que se cumplió el tercer centenario



Fernando Díaz de Mendoza en *La túnica amarilla*, leyenda china representada a estilo chino, original de Jorge C. Hertzelt y J. Harry Benrimo y traducida al castellano por Jacinto Benavente, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa.

de la muerte de Cervantes, celebró el homenaje de los niños al inmortal autor del *Quijote*. La fiesta se efectuó en la plaza de las Cortes, en donde se alza el monumento del Príncipe de los ingenios, y a ella concurrieron los alumnos de las escuelas, los ministros de la Guerra y de Instrucción Pública, las autoridades y otras muchas personalidades distinguidas.

Los niños y niñas, colocados en la escalinata del Congreso, entonaron un himno a Cervantes y seguidamente desfilaron por delante del monumento, depositando cada uno un ramo de flores.

Los exploradores madrileños se asociaron al festival, colocando en el monumento una corona de laurel con una dedicatoria.

Enorme gentío presenció el homenaje, que constituyó una nota en extremo simpática.

Novidades teatrales. - Para beneficio del ilustre actor Fernando Díaz de Mendoza se ha estrenado en el Teatro de la Princesa la leyenda china *La túnica amarilla*, que se ha representado tres años seguidos en los teatros de la América del Norte y gran número de veces en Londres. Es una obra de acción sencilla, casi primitiva, pero impregnada de una poesía exquisita, que mantiene viva

la atención, deleitando siempre y emocionando en muchas ocasiones al público. Benavente ha hecho de ella una traducción bellísima, avalorando con conceptos y aun con situaciones propias la bondad del original.

La representación al estilo chino consiste en que un actor, el *Coro*, hace la presentación de los personajes que en la acción intervienen, explica las mutaciones escénicas y al terminar las jornadas remacha las ideas y los afectos despertados por la fábula. En el entretanto, otro actor, el *Guardarropa*, que funciona a la vista de los espectadores, va disponiendo continuamente los más sencillos objetos con los cuales se representan un palacio, un campo, el mar, el cielo, troncos, barcos, puentes, montañas, etc. Todas estas mutaciones, de una simplicidad extraordinaria, se efectúan en una sola escena que figura los entre bastidores de un teatro chino y es un hermoso salón suntuosamente decorado, en el cual la dirección escénica del aristocrático coliseo ha hecho un verdadero alarde de riqueza, propiedad y buen gusto, acumulando y combinando con arte primoroso telas bordadas, tapices, muebles y accesorios de gran magnificencia y traídos los más de ellos expresamente de China y del Japón.

Los trajes son también de una propiedad y de una riqueza superiores a todo encomio.

La interpretación resulta admirable individual y conjuntamente, distinguiéndose de una manera especial María Guerrero, las señoras Salvador y Torres, las señoritas Ladrón de Guevara y Ruiz Moragas, y los Sres. Díaz de Mendoza (F. y M.), Díaz de Mendoza Guerrero, Santiago, Palanca y Cirera.

El aplaudido escritor Sinesio Delgado en *El retablo de maese Pedro* ha glosado algunos episodios del *Quijote* y de varias novelas ejemplares, poniendo como principal asunto de su comedia los amores de Cardenio y Dorotea y los de Lucinda y D. Fernando, y agrupando alrededor de estos personajes algunos otros de los immortalizados por Cervantes. Aun siendo tan conocidos estos episodios y estos personajes, el autor



Escena de *En un lugar de la Mancha*, comedia en tres actos original de Pablo Parellada, estrenada con muy buen éxito en el Teatro Lara



Una escena de *El retablo de maese Pedro*, comedia en tres actos y un prólogo original de Sinesio Delgado, estrenada con excelente éxito en el Teatro Cervantes

ha sabido dar a su obra interés dramático, imprimiendo en ella el carácter de nuestras clásicas comedias de capa y espada, y procurando, en lo posible, conservar el estilo y aun las palabras cervantescas.

Simó Raso e Irene Alba han hecho verdaderas creaciones de sus papeles respectivos de Ginés de Pasamonte el primero y de dueña doña Rodríguez y Maritornes la segunda. Las señoras Toscano y Roca, las señoritas Ríos y Calvo, y los señores Aguirre, Meseguer, Perchicot, Guillot, Molinero, Hidalgo, Marchante y Sopela contribuyen al buen efecto del conjunto.

En el Teatro Lara se ha estrenado una comedia en dos actos y un prólogo titulada *En un lugar de la Mancha...*, original del aplaudido autor Pablo Parellada (*Melitón González*). Es una obra del género de *Militares y paisanos*, sumamente entretenida e interesante, con situaciones cómicas de primer orden y tipos admirablemente observados, y está escrita con el gracejo peculiar de tan ingenioso escritor, en fácil diálogo y con gran abundancia de chistes y agudezas, todos cultos, sin chocarrerías ni ordinariencias.

En la interpretación de esta comedia obtienen muchos aplausos la señora Alverá, las señoritas Abadía, Pardo, Moneró y Herrero, y los señores Mora, Ozores y Balaguer.

LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

— Y por consiguiente, dijo Reinoldo clavando en ella una mirada maligna, quieres, durante las dos semanas que faltan para que yo sea el amo, seguir siendo la muchacha rebelde que siempre has sido y pretendes a todo trance visitar a los Lenz?



— Al fin he conseguido hacer algo que te impresione...

Y con simulada indiferencia, que contrastaba con la ira que brillaba en sus ojos metióse las manos en los bolsillos, encogióse de hombros y temblando de cólera prosiguió diciendo:

— Como quieras; pero te advierto que si no cedes a mis consejos, llamaré al tío Herberto para que te haga entrar en razón.

— A tu tío no le metas en estos asuntos, dijo vivamente la consejera, porque es difícil que quiera intervenir en ellos. Ya sabes que no quiso ser tutor de tu hermana... Pero ¿por qué me miras con ese aire de espanto, Margarita? ¡Dios mío, qué modo de mirarme! ¿Te extraña que un hombre como él se niegue a domesticar a una muchacha tan voluntariosa como tú? Hija mía, quien te conozca no querrá tomar sobre sí tan improbo trabajo... Piensa, si no, en tu imperdonable conducta con el partido que para ti todos deseábamos. Mas esto no hace ahora al caso. Tengo prisa y si me entretuviese más, llegaría tarde a visitar a la consejera Sómmer, que está enferma. Te diré, pues, para terminar que tus visitas a los Lenz pueden serte perjudiciales, ya que muy pronto habrás de enterarte de cosas que ponen los pelos de punta y que pueden costarte un buen pico. Pero si a pesar de todo, te mantienes en tus trece, como abuela te prohíbo en absoluto tales visitas y espero que me obedecerás como es tu deber.

Y cogiendo su manguito de encima de la mesa, echóse el velo a la cara e hizo ademán de marcharse. Pero Reinoldo la detuvo y con voz entrecortada por la impaciencia, le preguntó:

— ¿Qué, has hablado de dinero? No puedo creer, sin embargo, que aquel hombre tenga la impudencia de reclamarnos nada. ¿Se ha dirigido, por ventura, a tío Herberto?

— No te exaltes, Reinoldo, dijo la anciana procurando calmarlo. La cosa está muy en el aire y quién sabe si llegará a cuajar. De todos modos, sabemos que los Lenz tienen malas intenciones y por consiguiente no hay que tener piedad de ellos, porque no se deben dispensar beneficios a un enemigo notorio.

Dicho esto, salió de la estancia.

Reinoldo cogió la cesta de las confituras que Margarita había dejado sobre la mesa; y llamando a tía Sofía, que estaba en la cocina, le pidió la llave de la despensa.

— ¡Dios me libre de dártela!, dijo la buena señora resueltamente. En mi despensa nada tienes tú que buscar. ¡Vaya un reparón que en todo quiere meterse! Pues has de saber que sobre esas confituras no tienes ningún derecho; son frutas de mi huerto que confito todos los años para los enfermos pobres.

Reinoldo se apresuró a dejar la cesta encima de la mesa, porque sabía desde niño que tía Sofía era la verdad en persona.

— Bueno, dijo; haz de tus confituras lo que quieras, pero no consiento que las envíes a los Lenz.

— ¿Que no lo consientes? ¿Ves esta cabeza?, y con el índice golpeó su frente. Pues bien, desde hace cuarenta años, es decir desde que mis buenos padres murieron, ha obrado por su sola cuenta, siempre en línea recta y según su leal saber y entender y nunca se ha dejado zarandear como se dejan otros ¿y ahora un mocoso querría imponerme su voluntad? ¡Ni tú padre, que en gloria esté, lo hizo nunca!

— De otra manera hubiese obrado mi padre si hubiese sabido que ese Lenz ha sido su enemigo oculto. En cuanto a mí, jamás he podido sufrir a esa gente y desde niño me ha sido repulsiva su conducta quieta y aparentemente piadosa; y véase lo que hacen ahora, después de muerto papá, enseñar los dientes... Y a propósito de esto, me parece imperdonable en la abuela que nos haya dado una noticia tan desagradable en términos vagos; me habría gustado más que hubiese hablado claro. Pero demasiado sé que nada puede sacarse de ella cuando se dispone al visiteo; parece que la pinchen y que el bienestar de toda la ciudad dependa de sus visitas... Al fin veo que eres razonable, Margarita; perfectamente, vuelve a colgar tu capa blanca en el armario. Mas no vayas a figurarte que creo en tu conversión; te advierto que vigilaré severamente el patio y la casa de los Lenz. Conque, ya lo sabes, adiós.

Y después de esta amenaza salió, mientras Margarita se colgaba la capa del brazo y se disponía a guardarla.

— Pero ¿quieres decirme, Margarita, qué historias son esas que nos cuenta de los Lenz?, exclamó tía Sofía después de haber cerrado la puerta por donde saliera Reinoldo.

— ¡Que son nuestros enemigos, según dicen!, contestó Margarita sonriendo amargamente.

— ¡Qué locura! ¿Qué es lo que estará tramando la señora consejera?, dijo tía Sofía en tono colérico. Si el viejo Lenz, con su rostro bondadoso y leal resultase ser un hombre falso y traidor, tendríamos que tapiarnos el corazón y habría que pensar que la humanidad no vale nada y que no merece que nos preocupemos por su suerte... Pero esa historia no es cierta; apostarí en ello mi cabeza.

— Tampoco yo creo en ella y todas las observaciones y amenazas no me harían desistir de mi intento de visitar a los Lenz; pero por consideración a Reinoldo no puedo hacerlo; a la menor excitación se amorata su rostro, y esto me contrista lo que no es decible. Su estado ha empeorado evidentemente, aunque el médico diga lo contrario; y siendo esto así ¿cómo puedo yo irritarlo y disgustarle? Es preciso, pues, que arbitremos otros medios para llevar a la enferma algún socorro.

Poco después subió Margarita al primer piso, en donde había mandado ventilar primero y calentar después las habitaciones destinadas al abuelo.

La renovación de aquel piso, proyectada para el mes de octubre, había quedado naturalmente en suspenso, y los cuadros y espejos estaban todavía en el corredor que conducía al ala lateral de los aparecidos.

Ahora volvería la vida a reanimar aquellas silenciosas estancias, y un ambiente cálido templaría el aire helado de la inmensa galería, que la joven huérfana sentía impregnada todavía del inmenso dolor de la catástrofe de la muerte de su padre. Allí, en donde todas las ventanas estaban orientadas hacia el Norte, reinaba una pálida claridad invernal; y afuera, sobre el paisaje nevado que se extendía más allá de la ciudad y lejos, muy lejos, se confundía con un cielo azul limpio de nubes, posábanse los amarillentos rayos del sol de la tarde que caminaba hacia su ocaso. Todo aquello era tan frío, tan falto de vida, tan desolado, que parecía que nunca habían de surgir de la tierra los tallos verdes o dorados, y que los árboles, cuyas ramas rígidas y negras miraban hacia el firmamento, no habían de cubrirse más de hojas ni de frutos.

Margarita se acercó a la última ventana de la galería: allí había escuchado por última vez en este mundo la voz de su padre; allí, en aquel hueco obscuro y profundo, se había escondido después de cinco años de ausencia para presenciar, sin ser vista, el nuevo espectáculo que ofrecía la casa paterna;

allí también se le había aparecido el exestudiante convertido en el primer funcionario de la ciudad y ella se había reído y burlado interiormente del «señor consejero provincial». ¡Oh, por qué su energía tan ponderada no conseguía dominar su voluntad en cuanto a sus sentimientos hacia Herberto! Al pensar en esto, su mano se cerraba involuntariamente y su mirada se paseaba en impotente irritación por el paisaje que desde la ventana se descubría.

De pronto quedóse aterrada y dió un paso atrás instintivamente: Herberto salía de la casa donde habitaban los Lenz y atravesaba el patio; probablemente había observado la expresión colérica de su cara, porque la saludó sonriendo. Margarita corrió a refugiarse en el salón rojo, la habitación destinada al abuelo.

Mas de nada le sirvió su precipitada fuga; pocos momentos después estaba Herberto delante de ella...

Casi todos los días había ido el joven consejero a Dambach para visitar a su padre, y sin embargo tendió entonces la mano a Margarita tan contento como si hiciese mucho tiempo que no la hubiese visto.

— Me alegro de que hayas vuelto, le dijo; así cuidaremos juntos los dos a nuestro enfermo. Ya era hora de que regresases a esta casa, de habitaciones amplias y bien ventiladas; tu estancia en el cuartito angosto y húmedo del pabellón te ha sentado mal a juzgar por tu palidez.



... mientras trabajaba la pasta para unas empanadas...

Con una sonrisa sarcástica, pero al mismo tiempo con expresión de inquietud, buscó con sus ojos los de Margarita; pero ésta miraba hacia otro lado.

— Tu semblante pálido, continuó diciendo, me ha asustado; cuando al volver de casa de los Lenz, te he visto detrás de la ventana.

— ¿Venías de casa de los Lenz?, preguntó la joven con acento de incredulidad.

— Sí, he ido a ver a la pobre señora que está gravemente enferma. ¿Tienes algo que reprocharme por esto?

— ¿Yo? ¿Reprocharte porque obras de un modo tan humanitario y piadoso?, respondió Margarita con viveza. ¡No, tío, no se me ha ocurrido tal cosa!

Al hablar así, sus ojos brillaban intensamente; en aquel momento volvía a ser la muchacha entusiasta a quien un sentimiento ardiente y noble hacía latir con más fuerza el corazón.

— ¡Vamos! Al fin he conseguido hacer algo que te impresione favorablemente; lo conozco en el tono de tu voz. Los dos sentimos como jóvenes, ardientemente; pero estos sentimientos no cuadran en un tío de aspecto rígido y que peina canas. Bien lo comprendes tú misma, pues ahora te ha costado algún esfuerzo darme aquel título respetable. Dime, Margarita ¿no te parece que podríamos enterrar de una vez a ese tío viejo?

— No, hemos de continuar como hasta ahora, respondió la joven dejando asomar a sus labios una leve sonrisa. ¡Qué diría la abuela si me viese incurrir de nuevo en mis inconveniencias infantiles!

— Esta, al fin y al cabo, es sólo cuenta tuya y mía.

— ¡Oh, no, en absoluto no! La abuela, dijo con acento de amargura, no se desprenderá mientras viva de su autoridad suprema sobre todos nosotros; esto bien lo sé yo. Y puedes considerarte muy dichoso de

que no se haya enterado de tu visita a los Lenz, porque se habría puesto fuera de sí.

— ¿Y qué castigo me habría impuesto?, dijo Herberto soltando la risa. ¿Ponerme de rodillas en un rincón? ¿Dejarme sin cenar? No, Margarita, añadió seriamente; por mucho que me esfuerce para evitar a mi madre todo disgusto y toda contrariedad y para hacerle agradable la vida en cuanto de mi dependencia, no puedo consentir en que ejerza una influencia decisiva en mis amores. De aquí que me verás venir de casa de los Lenz con más frecuencia aún que antes.

Margarita le miró con ojos radiantes de contento.

— Si alguna duda, dijo, hubiese podido deslizarse antes en mi alma, habríase desvanecido ahora ante la serenidad de tu juicio. ¡El viejo pintor a quien he querido desde niña no puede ser nuestro enemigo!

— ¿Y quién dice que lo es?

— La abuela. Dime ¿es cierto que el Sr. Lenz formula ciertas reclamaciones contra mí y contra mi hermano?

— Sí, es cierto, Margarita, respondió Herberto gravemente; tiene mucho que exigir de vosotros. ¿Accederías tú a estas exigencias sin protestar?

— ¿Cómo no, si fuesen justas?

— ¿Aunque mermasen considerablemente tu porción hereditaria?

— Hasta ahora, respondió Margarita sonriendo ligeramente, otros se han cuidado de mí y pagado mis gastos, de manera que no puedo en realidad apreciar el verdadero valor del dinero; esto no obstante, estoy segura de que preferiría ganarme el sustento con mi trabajo a poseer un solo céntimo que no me perteneciese... Sé también que tú no habías de proteger ninguna pretensión injusta y por consiguiente estoy dispuesta a cualquier sacrificio.

— ¡Oh, niña valiente que no vacila en poner el pie en el estribo siempre que se trata de una buena acción!

El rostro de Margarita se oscureció.

— La imagen está mal escogida tratándose de mí, porque no sé montar, replicó con acritud y encojiéndose de hombros. Se ve, tío Herberto, que las costumbres de la alta sociedad inspiran todos tus pensamientos.

— ¡Qué quieres!, dijo Herberto conteniendo una sonrisa. No es fácil substraerse a la influencia del medio ambiente en que se vive. ¿Acaso tú serías la joven sedienta de libertad que hoy eres, la ardiente defensora de una clase media poderosa y fuerte, si no hubieses vivido al lado de tío Teobaldo? Me parece difícil.

— No lo creas; mis ideas, mis sentimientos no me han sido imbuidos ni inoculados, sino que han nacido conmigo. Habrían sido parte integrante de mi sangre y de mi alma, aun sin las influencias externas que los despertaron; del mismo modo que Rafael habría sido un gran pintor aunque hubiese nacido sin manos.

Estas últimas palabras habíalas dicho en el tono malicioso que tan habitual le era en otros tiempos; mas no tardó en recobrar su seriedad y volviendo al tema planteado por Herberto, preguntó resueltamente:

— ¿Y en qué derecho funda el viejo Lenz sus pretensiones?

— Pronto lo sabrás, respondió Herberto vacilando y observando el semblante de Margarita como si en él hubiese de leer si debía o no hablar desde luego.

— ¡Ah! ¿Es cosa que atañe a mi tutor?, preguntó Margarita con aparente indiferencia, que desmentían el color de sus mejillas y la alteración de su voz.

— No tienes tutor todavía, contestó Herberto sonriendo.

— De momento no, es verdad; tú no has querido serlo.

— ¿Cómo? ¿También te han explicado esto? Pues bien, sí; renuncié absolutamente al cargo, porque no me gusta empeñarme en empresas inútiles.

— ¿Inútiles? Entonces tiene razón la abuela cuando dice que no quisiste ser mi tutor porque, dados mi testarudez y mi carácter caprichoso y extravagante, nada habías de conseguir de mí.

— Esta razón habría sido realmente poderosa por sí sola, porque hay que convenir en que tu condición no es de lo más dulce y flexible, dijo Herberto mirándola maliciosamente de soslayo; pero esto no me habría asustado, pues tengo la seguridad de que habrías dominado tu «testarudez y tu carácter caprichoso y extravagante». Otro motivo fué el que me impulsó a no querer ser tutor tuyo; y este motivo no tardarás en conocerlo.

La entrada de un ebanista interrumpió su coloquio.

Herberto quería poner alfombras nuevas en las habitaciones de su padre, y aquel industrial iba a tomar las medidas de los suelos. Mientras los dos hablaban, Margarita salió del salón.

— Sí, tienes razón, Enriqueta, es una verdadera desgracia, decía Bárbara a la camarera mientras trabajaba la pasta para unas empanadas y Margarita pasaba por delante de la puerta de la cocina para dirigirse a la sala de confianza. Es una desgracia y una vergüenza que en esta casa nadie pueda hacer nada para socorrer a esas pobres gentes de allí arriba. ¿Qué mal habría, pregunto yo, en llevar un plato de empanadas, pongo por ejemplo, a ese anciano y a ese niño? Pero ¡libreme Dios de intentarlo siquiera! El del escritorio sería capaz de cortarme la cabeza.

Echó con ademán colérico un puñado de harina sobre la plancha en que amasaba la pasta, y prosiguió diciendo:

— Muy mal debe de estar esa pobre anciana; hace poco que la criada ha venido a buscar hielo a la fuente, y hoy he visto ya dos veces al médico subir a visitar a la enferma. Te digo, Enriqueta, que esa mujer se muere ¡vaya si se muere! Mis pucheros no han cantado en el fuego esta mañana y esto indica siempre una muerte en la casa, es infalible.

XXIV

Al día siguiente reinaba gran movimiento en el primer piso: tapiceros, lampistas y fumistas iban y venían de un lado para otro, y Margarita, desde muy temprano, dirigía todos aquellos trabajos. Esto era un bien para ella, porque así no le quedaba tiempo para entregarse a las meditaciones que la habían privado de dormir; en efecto, había pasado toda la noche con los ojos abiertos y en su cabeza y en su corazón habíanse reñido violentos combates.

Era preciso colocar los retratos en los sitios que antes ocupaban en el salón rojo.

Por vez primera, desde que se expuso el cadáver de Balduino Lamprecht en la galería, abrió tía Sofía el corredor que se extendía detrás de la habitación en que falleció Dorotea; Margarita la siguió, provista de paños y plumeros, pues quería cuidar personalmente de la limpieza de aquellos cuadros.

Cuando penetró en el oscuro pasadizo, estremecióse de terror; sentía una sensación de inquietud, casi de miedo.

La conducta misteriosa de su padre aquella tarde en que se encerró en el cuarto de la bella Dorotea; sus palabras enigmáticas la noche de la tempestad, de la que decía que no sólo el sol sino ella también ponía al descubierto cosas ocultas; y su excursión por aquellos mismos sitios en los momentos en que llegó a sus oídos la noticia del accidente mortal que la privó del ser más querido, todo esto le oprimía el corazón y la conmovía de nuevo.

Por esto penetró en el corredor temerosa y vacilante, como si el ruido de sus pasos hubiese despertado y volver a la vida a aquellas figuras alineadas a lo largo de las paredes y con ellas hubiesen de ser revelados repentinamente los secretos de la vieja casa que se habían llevado a la tumba.

El retrato de la bella Dorotea permanecía aún vuelto de espaldas en el rincón del armario, tal como lo había arrojado allí el Sr. Lamprecht; Margarita, después de haber quitado el polvo a algunos otros retratos de damas inexpresivas, lo volvió de cara y arrodillándose delante de aquella hermosa efigie, cuya vista la emocionaba hondamente, púsose a meditar sobre qué falta o delito podían haber cometido aquellos ojos de mirada ardiente, aquella boca que tan graciosamente sonreía, para haber provocado, al cabo de cien años, la irritación de que había dado muestras su padre en aquel instante siniestro.

En el entretanto, abajo, Federico, el criado, que al salir del salón rojo había echado una mirada temerosa al oscuro pasadizo, decía a la servidumbre:

— Nuestra señorita está arrodillada delante del retrato de la dama de las piedras preciosas. ¡Si supiera lo que yo sé! Aquella mujer debió ser en vida Satanás en persona, puesto que aun después de muerta, su imagen no puede estarse quieta dentro del marco. Ese maldito cuadro debía estar en el desván, detrás de la chimenea; allí podría pasearse cuanto le diese la gana.

Pero el retrato no fué llevado al desván, a pesar de los deseos de Federico; Margarita lo hizo colgar en su antiguo puesto y después descendió a la salita para calentarse un poco.

Sentóse junto a la ventana y se puso a contemplar el patio cubierto de nieve.

La temperatura se había dulcificado algo; de cuando en cuando desprendíanse de las ramas de los tilos gotas de nieve derretida; pinzones, gorriones y abejarucos agolpábanse en el sitio destinado a ellos y bien provisto de grano, y hasta los palomos descendían a picotear en el patio.

De pronto, todos los pájaros emprendieron rápido vuelo espantados seguramente por la presencia de alguien que venía del edificio en donde habitaban los Lenz.

Margarita se inclinó y pudo ver al pequeño Max que, fijos los angustiados ojos en la ventana de la cocina, avanzaba hacia la casa caminando difícilmente sobre la nieve.

La joven se asustó, al pensar en la escena que se produciría si Reinoldo veía al muchacho; y abriendo la ventana, llamó en voz baja al niño. Acercóse éste, quitóse la gorra, y entonces pudo ver Margarita que tenía los ojos llenos de lágrimas.

— La abuela quiere que la cambien de cama, dijo Max precipitadamente, y el abuelo no puede moverla solo. La criada ha salido y por más que la he buscado por toda la ciudad no he podido encontrarla. ¡Y no tenemos a nadie! ¡Es muy triste lo que nos pasa! Por esto venía a ver si Bárbara...

— Ve y dile a tu abuelo que en seguida tendrá ayuda, murmuró Margarita cerrando la ventana.

Max echó a correr hacia su casa, Margarita cogió su abrigo blanco y habiéndose topado, al salir, con tía Sofía, díjole que era preciso acudir en auxilio de los Lenz y añadió:

— Ya sé la manera de ir allí sin que me vean, por el corredor y el desván del departamento de embalaje. ¿Tienes la llave del cuarto del tejado?

— Toma, respondió tía Sofía entregándole una llave nueva. ¡Qué Dios te acompañe!

Margarita subió corriendo la escalera, no sin antes lanzar una mirada temerosa a la ventana del escritorio; pero la cortina que la cubría permanecía inmóvil.

En el vestíbulo no había nadie; ningún rostro se asomaba a las ventanas que daban al patio, y arriba, en el salón rojo, estaban únicamente los estereros, ocupados en colocar la alfombra.

Atravesó silenciosamente la galería, siguió por el corredor y entró en el desván, cuya cerradura nueva abrió sin dificultad con la llave que le dió tía Sofía. Ningún obstáculo encontró en el resto del camino, pues todas las puertas estaban abiertas, incluso la que daba a la escalera.

Respirando agitadamente entró Margarita en la habitación del viejo pintor; en la sala no había nadie, pero de la cocina salía rumor de voces. La joven abrió la puerta y vió al anciano de pie delante del fogón, sacando caldo de un puchero puesto al fuego y echándolo en una taza. Tenía los anteojos levantados sobre la frente y el semblante muy apurado; se conocía que la ocupación de cocinero, nueva para él, le preocupaba en extremo.

— Vengo a ayudar a ustedes, dijo Margarita cerrando tras de sí la puerta de la cocina.

— ¡Dios mío! ¿Es usted, señorita?, exclamó el pintor clavando en ella sus ojos con expresión de alegría. Max me ha jugado la treta de ir a pedir auxilio en su casa sin yo saberlo; es un muchacho resuelto que hace cuanto se propone.

— Ha hecho muy bien, respondió Margarita.

Y tomando el puchero de manos del Sr. Lenz vertió el caldo en la taza, pasándolo por el colador, detalle que el anciano había olvidado.

— Este es el primer alimento substancioso que puede tomar mi pobre enferma, dijo el Sr. Lenz sonriendo satisfecho. Gracias a Dios sigue mucho mejor; ha recobrado el habla, y el médico espera que se pondrá bien del todo.

— ¿Pero no le será perjudicial el ver de repente a su lado una cara extraña?, preguntó Margarita.

— La prepararé, respondió el pintor, llevándose la taza y dirigiéndose al cuarto de su esposa.

Margarita se quedó esperando; mas no tuvo que aguardar mucho tiempo, porque al poco rato oyó que la enferma preguntaba:

— ¿Dónde está esa señorita bondadosa? Que entre. ¡Ah, cuánto me alegra y consuela su visita!

Margarita asomóse a la puerta del cuarto de la señora Lenz, la cual le tendió el brazo sano.

Su rostro estaba blanco como la almohada sobre que descansaba; pero sus ojos brillaban ardientemente.

— ¡Viene vestida de blanco y radiante de bondad, como paloma de paz!, exclamó conmovida. ¡Ay, también de blanco vestía aquella que nos ha dejado para siempre!

— No hables de esto, Anita, díjole el viejo pintor con acento angustiado. Estás deseando que te pongamos en una posición más cómoda y para ayudar-

nos a cambiarte de cama ha venido la señorita Lenz, como antes te he dicho.

— ¡Oh, cuánto se lo agradezco! Pero ahora estoy bien y aun cuando estuviese acostada sobre ortigas creo que no lo sentiría... ¡Me siento tan a gusto! La vista de ese rostro amable y juvenil me reanima... También yo tenía una hija joven y hermosa y con un corazón de ángel; pero estaba yo demasiado orgullosa de aquel don que me había hecho el Señor, y por esto...

— ¡Pero Anita!, díjole angustiado el Sr. Lenz interrumpiéndola. No te conviene hablar tanto, y la señorita Margarita no puede permanecer aquí mucho tiempo.

— ¡Te suplico que me dejes hablar!, exclamó la enferma sumamente excitada. Tengo un gran peso sobre mi pecho y es preciso que me desahogue.

Respiró trabajosa y profundamente y prosiguió:

— ¿No concibes que una madre desdichada ha de gustar de cuando en cuando del placer de hablar a los demás de su amada hija muerta?.. No pases cuidado por mí, mi bueno, mi leal Ernesto, añadió más sosegada. ¿Acaso la visita del señor consejero provincial no me puso ayer casi enteramente buena?.. No pude verle ni hablarle, pero oí todo lo que ahí fuera te dijo. Ese hombre noble cree lo que le afirmamos, y de aquí que sus bondadosas palabras me devolvieran la salud.

Después señaló un retrato pintado sobre porcelana que estaba colgado encima de su cama y preguntó a Margarita, fijando en el rostro de ésta una mirada escrutadora.

— ¿La conoce usted?

Margarita acercóse al retrato. ¡Si; bien conocía ella aquella cara de sonrisa triste, de ojos azules y aureolada por una espesa mata de cabellos rubios como el oro!

— ¡Es la hermosa Blanca!, contestó emocionada. ¡No la he olvidado nunca! Aquella noche en que el Sr. Lenz me trajo aquí desvanecida en sus brazos, esa cabellera que en el retrato cae en trenzas sobre el pecho, flotaba suelta sobre su espalda como el velo esplendente de un hada.

— Aquella noche, replicó la enferma suspirando profundamente, en que ella, a impulsos de un corazón arrebatado, huyó del lado nuestro. ¡Oh, los padres excesivamente confiados! ¡Oh, la madre ciega que no ha sabido velar por su corderita!

— ¡Por Dios, Ana!, exclamó el Sr. Lenz.

La anciana no hizo el menor caso del reproche ni del rostro suplicante de su esposo y dirigiéndose al pequeño Max, que estaba sentado al pie de la cama, le dijo:

— Ve, hijo mío, ve a la cocina a jugar con Filina. ¿No la oyes gruñir? Es que quiere entrar, cosa que el médico ha prohibido.

El muchacho obedeció y salió de la estancia.

— ¿Verdad que es un niño tan hermoso como bueno?, preguntó la enferma emocionada y con los ojos empañados por las lágrimas. ¿No debiera su padre mostrarse orgulloso de ese don del cielo? ¡Y sin embargo, él!.. ¿Cómo puede gozar de la gloria celestial quien se ha llevado consigo a la tumba el honor y la felicidad de su hijo?

— Te ruego, esposa de mi alma, que no prosigas, díjole el Sr. Lenz en tono suplicante y temblando de emoción. ¡Calla por hoy, siquiera! Yo pediré a la señorita Lamprecht que vuelva mañana; entonces estarás tú más fuerte y más sosegada.

La enferma movió enérgicamente la cabeza en un ademán negativo y cogiendo con su mano la de Margarita, le dijo.

— ¿Se acuerda usted de lo que le dije cuando usted me afirmó que quería a Max y que cuidaría de su porvenir?

— Me dijo usted, respondió Margarita oprimiéndole suavemente la mano como para tranquilizarla, que las circunstancias hacen a menudo variar repentinamente de opinión y que quién sabe si yo, cuatro semanas después, pensaría del mismo modo que entonces... Pues bien, nuestras relaciones con ustedes han variado, según me han dicho. ¿Cómo y por qué? Lo ignoro; pero sea de ello lo que fuere ¿qué tiene que ver ese cambio con mi cariño hacia el pequeño Max? ¿Acaso será éste menos digno de ser amado?.. Pero dejando esto a un lado, permítame que a mi vez le suplique encarecidamente que por hoy no hable usted más; yo vendré todos los días y por consiguiente ocasión de sobra tendrá usted para contarme todo lo que quiera y desahogar conmigo su corazón.

La enferma se sonrió amargamente.

— Tal vez cuando vuelva usted a su casa, dijo, le prohibirán que siga visitando a la familia odiada.

— Para venir aquí sigo un camino que nadie conoce; paso por el desván de esta casa.

— ¡El camino fatal que fué la perdición de mi pobre cordera!, exclamó la anciana abriendo desmesuradamente los ojos y presa de gran agitación. ¡Sí, por allí se me escapó! Y la madre que habría dado toda su sangre por conservar la pureza de alma de su hija, fué ciega y sorda, como las Vírgenes locas de la



Al día siguiente reinaba gran movimiento en el primer piso

Biblia... Nunca he pasado por ese camino funesto frecuentado por la dama blanca de la familia de usted; pero sé que sobre él pesa una maldición y mi hija de mi alma ha sido víctima de ella. ¡Por Dios, señorita, no pase usted más por aquel sitio!

— Todo cuanto usted me dice no me impedirá seguir ese camino para acudir en auxilio de mis semejantes, respondió Margarita con voz insegura y respiración entrecortada. Parecióle como si de repente sobre un fondo misterioso y obscuro se dibujaran vagamente contornos conocidos.

— Sí, replicó la enferma incorporándose con un gran esfuerzo sobre las almohadas; es usted buena y compasiva como un ángel, pero por mucha que sea su buena voluntad no puede ir más allá de lo que las fuerzas humanas permiten. También usted nos



Acercóse éste, quitóse la gorra...

juzgará mal cuando sepa que formulamos reclamaciones sin aportar pruebas en qué fundarlas. ¡Oh, Dios de bondad! ¡Envía un rayo de luz que disipe esas tinieblas que son nuestro martirio!.. Nos arrojarán de aquí, y el hijo de Blanca, el hijo a quien hubo de sacrificar su vida, no tendrá hogar en qué guarecerse.

Margarita, extremadamente pálida, cogió la mano de la enferma, y dominando apenas la horrible agitación que hacía latir su corazón apresuradamente y la ahogaba, exclamó con acento suplicante:

— ¡Oh, no, nada de medias palabras! Dígame usted francamente lo que tiene sobre su alma; sus revelaciones, sean cuales fueren, no han de inmutarme.

El viejo pintor inclinóse hacia su esposa y murmuró algunas palabras a su oído.

— ¿Qué, no debe saberlo todavía?, preguntó la enferma volviendo disgustada la cabeza. ¿Y por qué no? ¿Habrá que esperar a que vuelvas de Londres, y en el caso de que vuelvas con las manos vacías, quedará

el asunto para siempre sumido en las tinieblas?... No; es menester que la señorita sepa por lo menos que existe un heredero legítimo a quien se arroja de la casa de su padre porque no puede presentar ninguna prueba escrita...

Y dirigiéndose a Margarita, añadió con inexorable firmeza:

— Max es tan hermano de usted como ese mal sujeto del escritorio. Blanca fué, aunque por poco tiempo, madrastra de usted, puesto que era esposa de su difunto padre.

Dicho esto, dejó caer, rendida por aquel esfuerzo, la cabeza sobre la almohada. Margarita quedó durante unos momentos petrificada; más que la repentina y sincera revelación del hecho que se ofrecía en toda su crudeza, la impresionó la deslumbradora claridad que en un momento iluminaba toda una serie de hechos que hasta entonces habían permanecido para ella oscuros.

¡Sí, aquel matrimonio secreto era lo que tan terriblemente había amargado los últimos años de su padre. Ahora sabía que éste había adorado al hijo de aquella segunda unión y, sin embargo, no había tenido el valor de reconocerlo públicamente; pero sabía también que en aquel horrible instante en que su padre pudo temer que aquel niño muriese aplastado entre los escombros del tejado derribado por la tempestad, había concebido la firme resolución de ponerle, para lo sucesivo, en posesión de todos sus derechos. «Mañana, había dicho en aquella noche tempestuosa, señalando al piso superior, habra ahí arriba una tempestad tan horrible como ésta que hace retumbar hasta los cimientos de nuestra vieja casa.» Había esperado, pues, que se produciría una escena violentísima entre él y su suegra; la muerte, sin embargo, habíale evitado aquel choque con las preocupaciones de una alta sociedad que tanto temía; pero ¡a qué precio!

— Ha dicho usted que no tenía pruebas escritas, ¿no es verdad?, preguntó.

— ¡Ninguna!, contestó el Sr. Lenz casi sin voz y fijando en Margarita una mirada en la que se reflejaba el amargo desencanto que las palabras de aquella, mal interpretadas por él, acababan de producirle. Al morir mi hija, su padre de usted se las llevó y no han sido encontradas entre sus papeles después de su muerte; no ha quedado de ellas el menor rastro.

— Pues es menester encontrarlas y se encontrarán, dijo Margarita resueltamente.

Después fuése a la cocina y volvió en seguida llevando de la mano al pequeño Max; enlazó a éste con su brazo derecho y poniendo su mano izquierda sobre su cabeza, en ademán de protección, dijo hondamente emocionada:

— Mientras yo viva, será para mí un hermano querido. Max es un legado que me deja mi padre, y un legado sacratísimo... Nadie pudo penetrar el misterio de los postreros años de su vida; sólo a mí me dió últimamente algunas indicaciones que entonces me parecieron enigmáticas, pero que hoy comprendo perfectamente. Si mi padre hubiese vivido sólo dos días más, tiempo hace que ese pobre huérfano llevaría nuestro nombre... Pero yo no tendré un momento de sosiego ni me daré punto de reposo hasta ver cumplida su postrera voluntad, lo que era su única preocupación antes de su muerte... No, no diga usted nada más, exclamó extendiendo su mano hacia la enferma que, radiante el rostro de alegría, pretendía hablar. Ahora es preciso que descansen usted. ¿Verdad, Max, que la abuela debe dormir para ponerse pronto buena?

El niño hizo con la cabeza un signo afirmativo y acarició con su mano la de su abuela. Luego volvió a ocupar su puesto al pie de la cama, mientras Margarita y el Sr. Lenz pasaron a la estancia contigua. Una vez allí, el viejo pintor, apoyado en el alféizar de la ventana, explicó a la joven, para orientarla, algunos pormenores de aquella historia de familia que la hicieron llorar. El choque que sus nervios habían sufrido había sido muy violento, pero por consideración a la enferma, Margarita había sabido dominar su emoción; ahora la reacción se producía y no le fué ya posible reprimir las lágrimas bienhechoras.

Antes de marcharse, entró de nuevo en el cuarto de la señora Lenz; el pequeño Max señaló a la enferma y se puso el dedo sobre los labios recomendando silencio.

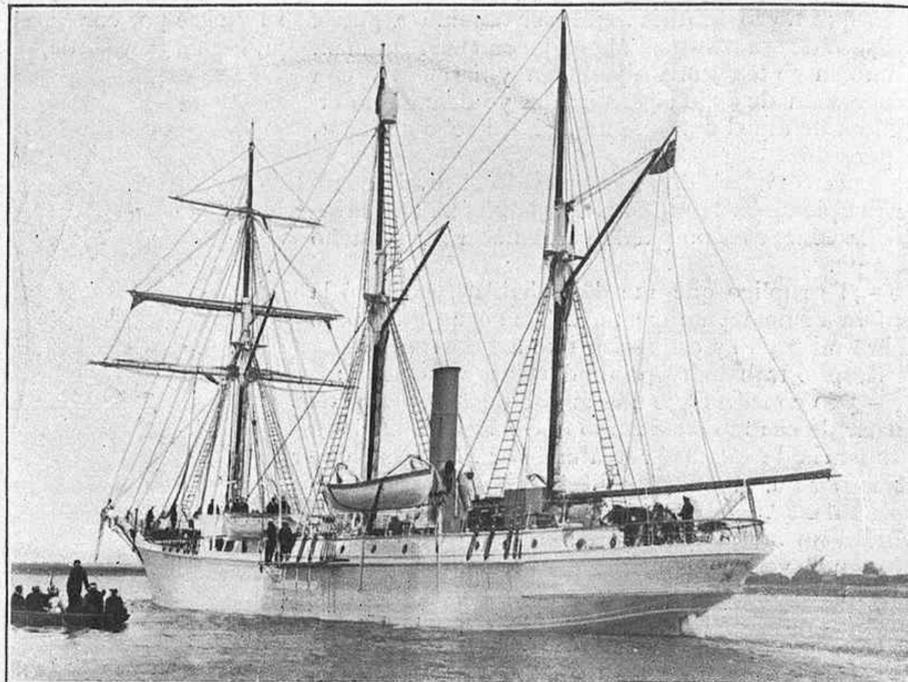
La pobre anciana dormía dulce y profundamente; habíase descargado del peso que gravitaba sobre su alma, y otra persona más joven y más fuerte lo había recogido.

Pocos minutos después, Margarita subía la escalera que conducía al desván.

Caminaba como bajo el imperio de un sueño, pero de un sueño tormentoso.

(Se continuará.)

EXPEDICIÓN DE ERNESTO SÁCKLETON AL POLO SUR. (Fotografías de Chusseau Flaviens.)

Sir Ernesto Sáckleton a bordo del buque *Endurance*El buque *Endurance* en el que Sir Ernesto Sáckleton partió para el polo Sur

Las primeras noticias del Antártico concernientes a la expedición de Sir Ernesto Sáckleton al Polo Sur llegaron a Londres el día 24 de marzo último y en verdad que son poco satisfactorias.

La expedición estaba constituida por dos buques, el *Endurance*, que salió de Buenos Aires el día 26 de octubre de 1914 llevando a bordo a Sáckleton y a sus compañeros, y el *Aurora*, que partió de Tasmania a fines del citado año con rumbo al mar de Ross, en donde había de esperar la llegada de los expedicionarios, en el caso de que éstos hubiesen realizado felizmente su proyecto de atravesar el continente antártico.

Contrariamente a lo practicado en otros casos recientes, el *Aurora* debía pasar el invierno junto a la gran Barrera de hielo; pero durante el mes de mayo de 1914, es decir, en el invierno antártico, el buque rompió sus amarras y fué aprisionado por los hielos y arrastrado por las corrientes marinas, sin gobierno por haber perdido el timón. Lo que ha acontecido a este buque se ha sabido por un radiograma del mismo que ha sido recogido por la estación de telegrafía sin hilos de Nueva Zelandia y que dice así:

«En su viaje hacia el Sur, el *Aurora* se detuvo en la isla Macquarie, adonde

llegó el 30 de diciembre de 1914. Desembarcó algunos víveres para los isleños y al día siguiente se encaminó hacia los hielos, alcanzando el cabo Crozier el

día 9 de enero de 1915. Habiase convenido en establecer allí un depósito de víveres para la temporada de invierno; pero las condiciones eran tan desfavorables, que fué de todo punto imposible efectuar un desembarco.

»El *Aurora*, en vista de ello, dirigióse hacia el Este a lo largo de la Barrera, habiendo encontrado grandes dificultades a causa del hielo; a pesar de ello, maniobramos de tal manera que conseguimos por fin realizar un desembarco.

»El 24 de enero, un grupo de tres hombres con algunos perros fué enviado tierra adentro con objeto de dejar allí instalado un depósito, para lo cual se llevaron los víveres necesarios.

»Al día siguiente, el capitán Mäckintosh, acompañado de otros dos miembros de la expedición, abandonó el barco tripu-

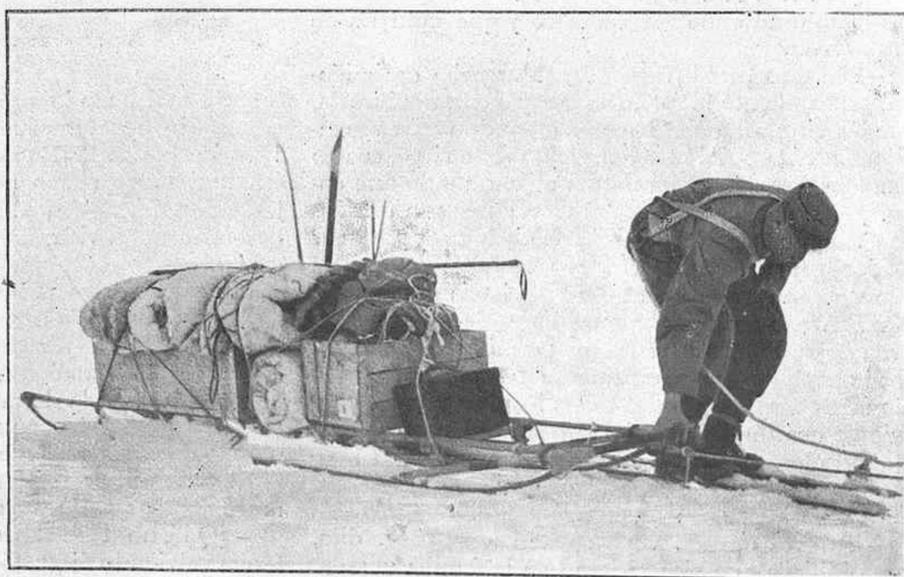
lando un trineo arrastrado por perros. El día 31 seis hombres partieron hacia el Sur llevándose el trineo con motor de aeroplano. Durante este tiempo, el *Aurora* estuvo amarrado frente al cabo Evans, y aunque se hicieron tentativas para encontrar un puerto seguro, no fué posible hallarlo a causa de la mala estación.



Sir Ernesto Sáckleton en medio de sus compañeros de exploración

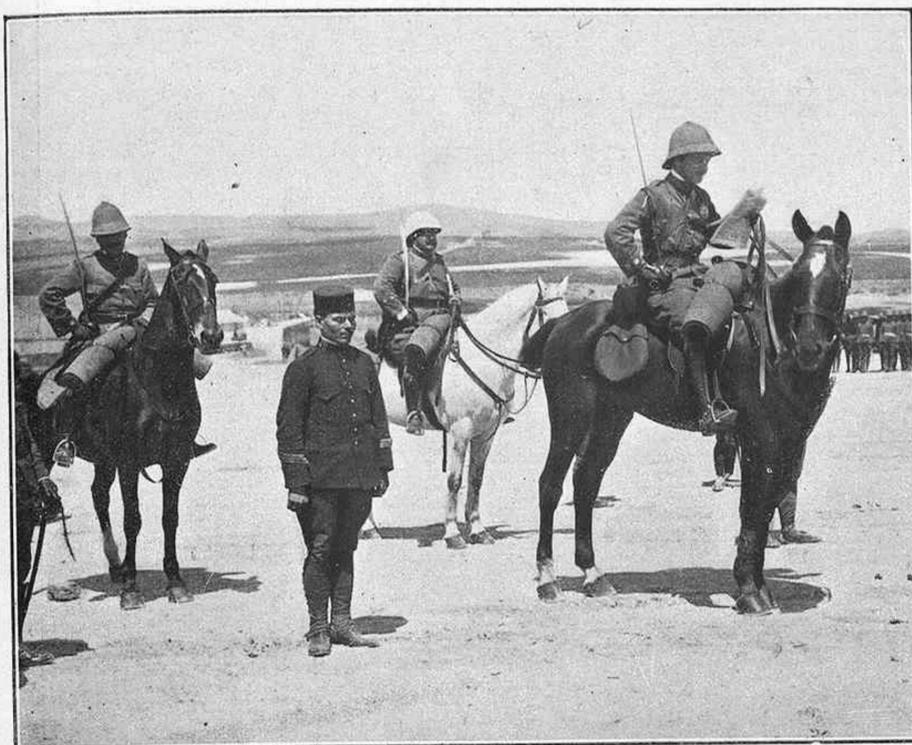


Los Sres. Dodds, Marsdon y Wild que formaban parte de la expedición



En marcha para una exploración

MELILLA. EN EL CAMPAMENTO DE KADDUR. - PREMIANDO A UN HÉROE. (Fotografías de Lázaro.)



El coronel D. Eduardo López Ochoa, jefe del regimiento de Ceriñola, leyendo la Real orden en que le ha sido concedida al sargento Ginés Moreno la cruz de San Fernando

El coronel D. Eduardo López Ochoa colocando en el pecho del sargento Moreno la cruz de San Fernando que le ha sido concedida

»Los seis que se habían dirigido hacia el Sur volvieron, y el 4 de marzo vinieron a bordo, desde la Punta Hut. Una semana después, manteniéndose aún anclado el barco frente al cabo Evans, cuatro de la expedición científica bajaron a tierra para hacer experimentos. El 6 de mayo se levantó una violenta tempestad que rompió las anclas del *Aurora* y lo arrastró lejos del sitio escogido para invernar. A la sazón se encontraban en tierra el capitán Máckintosh y sus dos compañeros, así como los tres individuos que se habían internado en tierra para establecer un depósito y los cuatro miembros de la expedición científica. No los vimos más.

»Al ser arrastrado el *Aurora* de su anclaje, quedó apresado entre hielo flotante a lo largo del Norte de la costa, alrededor del cabo Adare, hacia el Oeste de las islas Balleny. El barco resistió más de diez semanas, hasta que por fin el 21 de julio de 1915 la enorme presión del hielo le destrozó el timón y le averió seriamente el casco. Entonces nos encontrábamos a 90 millas al Sur de la isla Coulman.

»Los nombres de los que se encuentran en tierra en la Barrera son: capitán A. E. Máckintosh, H. E. Wild, Ernesto Joyce, J. Cope, A. Stevens, A. Spencer Smith, Víctor Hayward, Gaze, Richards, Jack.»

Posteriores mensajes recibidos del *Aurora* dicen que el buque sigue resistiendo, aunque con muchas dificultades. En Londres se han celebrado varias juntas para deliberar los medios que deben tomarse con objeto de salvar la expedición, y se ha decidido formar otra de auxilio que vaya al mar de Ross para recoger a los exploradores si estuviesen aún allí.

MELILLA. - PREMIO A UN HÉROE

En la posición de Kaddur, cercana a Melilla, se ha efectuado recientemente

la solemne ceremonia de imponer la cruz de San Fernando al sargento del regimiento de Ceriñola Ginés Moreno Paredes por su heroico comportamiento en Kuriat Luta.

En la explanada de aquella posición formaron dos batallones de Ceriñola y San Fernando, dos escuadrones de Alcántara y una batería de montaña; y después de celebrada una misa de campaña, el coronel Sr. López Ochoa leyó el Real decreto por el cual se concede al sargento Moreno la cruz de San Fernando. Seguidamente efectuó el emocionante acto de la imposición, al que asistieron el general Tomasetti y el teniente coronel García Carrasco, que habían mandado respectivamente el regimiento y el batallón en que figuraba el bravo sargento cuando realizó su acto heroico.

Terminada la ceremonia, desfilaron las fuerzas en columna de honor ante el condecorado, abriendo la marcha el batallón de Ceriñola al que pertenece el heroico sargento, y siguiendo el de San Fernando, una batería de montaña y los escuadrones de Alcántara. Estas tropas daban vista a la izquierda, lugar en donde se hallaba el sargento Moreno, quien presenció el desfile con visible emoción.

Después del desfile, el sargento Moreno fué muy felicitado por el general Tomasetti, jefes, oficiales y compañeros.

Por la tarde reuniéronse en fraternal banquete todos los jefes y oficiales presididos por el mencionado general.

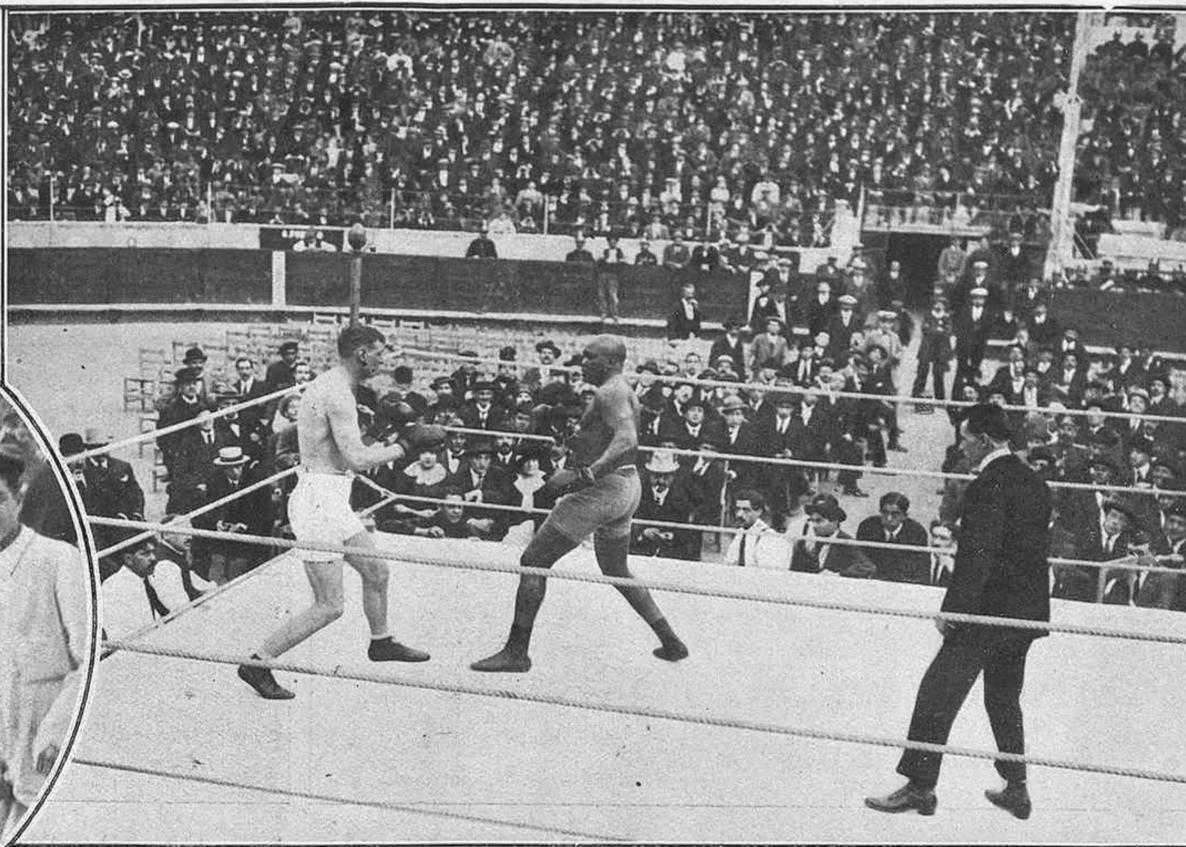
PETRÓLEO GAL

lo mejor para el pelo.

R. Ehrmann.

BARCELONA

MATCH DE BOXEO ENTRE JACK JOHNSON,
EXCAMPEÓN DEL MUNDO,
Y ARTURO CRAVAN, CAMPEÓN DE EUROPA
(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Jack Johnson y Arturo Cravan en uno de los rounds

Llegada de Jack Johnson, acompañado de su esposa, a la Plaza de Toros Monumental para efectuar el match concertado con Arturo Cravan.

Entre los aficionados que el boxeo tiene en nuestra ciudad había despertado gran interés el *match* anunciado entre el célebre negro Jack Johnson y Arturo Cravan, excampeón del mundo el primero, y campeón de Europa el segundo.

Jack Johnson venía precedido de fama universal que conquistó cuando, en 4 de julio de 1910, alcanzó el título de campeón en el célebre *match* con Jacobo J. Jeffries efectuado en Reno. De aquel *match*, que tanta sensación causó en los Estados Unidos y aun en todos los países en donde se practica el boxeo, dimos cuenta en un artículo especial en el número 1.519 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

De Cravan se sabía que era un pugilista de primera fuerza, y el simple hecho de querer contender con Johnson era su mejor recomendación.

Durante varios días, ambos contendientes efectuaron sus entrenamientos, y cuantos tuvieron ocasión de presenciarlos auguraron que la lucha entre los dos había de ser en extremo emocionante, pues en uno y otro debía haber gran interés: por parte de Johnson en conservar la fama tan afanosamente conquistada, y por parte de Cravan en vencer a su contrincante y alcanzar de esta suerte una celebridad universal.

Con estos antecedentes fácil era prever que el espectáculo anunciado atraería mucha gente aficionada a las grandes emociones y que los amantes del boxeo presenciarían un *match* bajo todos conceptos extraordinario.

Pero a última hora el digno gobernador civil de esta provincia D. Félix Suárez Inclán, fundándose en que el boxeo, tal como se practica en otros países, no está autorizado en España, impuso varias restricciones al anunciado *match* y dió órdenes terminantes a la policía para que suspendiese el espectáculo en cuanto hubiese la menor efusión de sangre.

Como se comprenderá, esto quitó mucho interés

a la lucha, que quedó reducida a poco más que un simulacro.

Esto no obstante, fueron en bastante número los aficionados que la tarde del 23 del corriente acudieron a la Plaza de Toros Monumental en donde había de realizarse el *match* Johnson-Cravan.

Precedieron a éste otros *matches* entre varios pugilistas barceloneses y extranjeros: Montero venció a Piqué, Solsona a Mora, Barcino a Dalmases y Gin Rhodes a Ked Johnson.

Finalmente subieron al *ring* Jack Johnson y Cravan, pudiendo desde luego apreciarse la enorme superioridad del primero sobre el segundo, quien cayó al sexto *round*, quedando *knocked out*. Aunque Johnson no hubo de hacer grandes esfuerzos para vencer a su contrincante, quiso lucirse dando algunos golpes verdaderamente magistrales, que demostraron lo que puede hacer frente a frente de un rival digno de él.

Como después de este *match* no se sentía fatigado, luchó Johnson, en forma de exhibición, con Gin Rhodes y Ked Johnson, consiguiendo muchos y muy entusiastas aplausos.

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDES B^o St-Denis, 16

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
 CON LA HISTORIA DE SU CULTO
 EN ESPAÑA
 Dos tomos en folio, ricamente encuadrados,
 100 pesetas

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA
 SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
 POR D. EMILIO CASTELAR
 Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadrados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HIPOFOSFITOS SALUD
 COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN